

Capítulo 27 – La curación del sueño.

Introducción

Mi declaración de apertura sobre el Capítulo 27 es similar a las que he hecho en otros capítulos, pero es particularmente apropiada aquí donde

vedamos a nuestro maestro compositor reuniendo sus temas sinfónicos, adentrándonos aún más en su sistema de pensamiento mientras lo hace. Al

mismo tiempo, el lenguaje se vuelve cada vez más expresivo y hermoso.

Encontramos aquí un resumen del enfoque de Un Curso de Milagros sobre

la mente correcta y errada, el propósito del ego para el mundo y el cuerpo,

y el perdón del Espíritu Santo que nos lleva más allá de ellos. Como se muestra en el gráfico (ver Apéndice), el corazón de la mente errada es la

trinidad impía del pecado, la culpa y el miedo, a la que se hace referencia

aquí específicamente como el sueño secreto que el ego establece como real

para hacernos temerosos de la mente. El núcleo de este miedo es la terrible

advertencia del ego de que Dios nos destruirá por pecar contra Él. Para estar

seguros, elegimos huir de la mente, fabricamos un mundo, y escondemos

nuestra identidad pecaminosa en un cuerpo que rápidamente se convierte en

víctima de otros cuerpos. Este, el sueño del mundo, también se discutirá

más adelante en el capítulo. Es la segunda fase de la estrategia del ego, la

cual se muestra en el cuadro en la parte inferior del gráfico.

Como explica Jesús a continuación, el problema nunca es la brecha que parece existir entre el sueño secreto y el sueño del mundo, sino la brecha

que el ego nos dice que existe entre nosotros y Dios, representada en el

gráfico por la línea vertical – el hogar de la diminuta y alocada idea – la cual parece descender por la línea sólida, por encima de la cual se encuentra

el Cielo. Así comienza la estrategia del ego de hacernos permanecer en un

estado perpetuo de cuerpos sin mente que nunca volveremos al punto de

elección de la mente (el punto encima de la mente dividida) donde decidimos en favor de la separación. Su plan se origina con el sueño secreto

de la mente, el cual rápidamente evoluciona hacia el sueño del mundo. Sin

embargo, en esa misma mente también se encuentra la corrección: el poder

de decisión que eligió al ego ahora puede elegir al Espíritu Santo, representado en la mente correcta por el principio de la Expiación.

El capítulo actual, especialmente sus secciones finales "El soñador del sueño" y "El "héroe" del sueño", proporcionan descripciones particularmente claras del propósito del ego para crear sus sueños interno y

externo, y cómo el Espíritu Santo, una vez invitado, cambia su propósito

para que podamos despertar de ellos. Comenzamos con porciones de "El

soñador del sueño" mientras discutimos el miedo del ego al poder de la

mente para elegir la Expiación en lugar de la separación.

El miedo del ego a la Expiación.

(VII.11:1-5) ¿Qué elección puede hacerse entre dos estados, cuando sólo

se reconoce claramente uno de ellos? ¿Quién es libre de elegir entre dos

efectos, si cree que sólo puede escoger uno de ellos? Una elección honesta nunca podría percibirse como una en la que la elección es entre

un insignificante tú y un mundo enorme, cuyos sueños acerca de tu verdad son diferentes. La brecha que separa a la realidad de los sueños

no se encuentra entre lo que el mundo sueña y lo que tú sueñas en secreto. Pues en ambos casos se trata del mismo sueño.

Lo anterior expresa el propósito subyacente al sistema de pensamiento del ego, desde el inicio (el sueño secreto del pecado, la culpa y el miedo) hasta la conclusión (el sueño de un universo material casi infinito). Ambos son sueños, iguales en su irrealdad, sin que exista una elección significativa entre ellos, aunque el ego nos haría pensar de otra manera. En verdad, solo elegimos entre soñar y despertar. El ego busca preservar el yo separado, contrarrestando su miedo a la disolución a través de la Expiación, ocultando el poder de la mente del Hijo para soñar. Nos queda, entonces, el terror de la mente que necesita ser protegido a través de la proyección - un sueño loco reemplazando a otro.

(VII.11:6) El sueño del mundo no es sino una parte de tu propio sueño de la que te desprendiste y luego viste como si fuese el principio y el final del tuyo.

Nuestro sueño es el sueño secreto, el cual es tan espantoso que tenemos que huir de él, porque si nos quedamos en nuestras mentes, Dios seguramente nos mataría. Proyectamos este sueño para que parezca estar afuera, siguiendo el principio del ego de que las ideas sí abandonan su fuente. Jesús

nos está enseñando a ver a través de las mentiras engañosas del ego de que el mundo es tanto el principio como el final del cuerpo, el "principio y el

final del tuyo". Esto significa que no hay mente, el estado de ausencia de la mente es la única realidad del Hijo. Esta última mentira completa el camuflaje, ya que la mente ahora está oculta a toda posibilidad de cambio.

(VII.11:7-8) No obstante, lo que dio comienzo al sueño del mundo fue tu

propio sueño secreto, lo cual no percibes, si bien es lo que causó la parte que ves, de cuya realidad no dudas. ¿Cómo podrías dudar de ello si aún estás dormido, soñando en secreto que su causa es real? La causa última del mundo es nuestra creencia en el pecado, el corazón del sueño secreto de que logramos lo imposible y nos separamos de nuestra Fuente. Esto sigue siendo secreto porque la culpa, es mantenida en su lugar por uno de los componentes más importantes del gráfico: el velo del olvido, la línea horizontal que divide la mente dividida del mundo y causa nuestra amnesia, por el cual no tenemos recuerdo del sueño secreto. Si no somos conscientes del sueño de la mente, no somos conscientes de la causa del mundo que es la decisión de escuchar al ego en lugar del Espíritu Santo. Este es el verdadero secreto que protege el ego, y todo nuestro dolor y malestar – la culpa, la ansiedad y el miedo de la mente y de los cuerpos – derivan de la decisión equivocada original en la que le dijimos a la Voz de la Expiación Que Ella no conoce la verdad de la separación. Le decimos esta "verdad" a Dios, a Jesús y a cualquiera que tenga una respuesta que no deseamos escuchar. Jesús procede ahora a describir estos dos sueños. El primero es el sueño del mundo, el estado en el que creemos que somos víctimas inocentes de lo que se nos ha hecho. Escribimos estos guiones para que la "vida" comience con un estado de vulnerabilidad y absoluta impotencia que nos pone a merced de personas y fuerzas más allá de nuestro control: (VII.12:1) Sueñas que tu hermano está separado de ti, que es un viejo

enemigo, un asesino que te acecha en la noche y planea tu muerte, deseando además que sea lenta y atroz.

Mientras que el mundo está repleto de enemigos que traman nuestra infelicidad y muerte, el enemigo final es Dios, de Quien el ego nos dice que fabricó el cuerpo para que muriera. Como observó Freud, en el momento en que nacemos nos preparamos para la muerte – una muerte prolongada e inevitable. En esta triste saga no tenemos control sobre los eventos, o sobre nuestros sentimientos y reacciones a ellos. A continuación, el sueño secreto:

(VII.12:2) Mas bajo este sueño yace otro, en el que tú te vuelves el asesino, el enemigo secreto, el sepultador y destructor de tu hermano así como del mundo.

En la mente nosotros somos los victimarios, los asesinos pecadores y los engañadores que traicionan. Este es el precio del pecado, la culpa y el miedo que el ego nos dice que pagamos por ganar la separación de Dios, habiéndonos colocado a nosotros mismos sobre Su cuerpo inmolado y proclamándonos orgullosa-mente como Creador y Primera Causa.

(VII.12:3-4) He aquí la causa del sufrimiento, la brecha entre tus míseros sueños y tu realidad. La pequeña grieta que ni siquiera ves, la cuna de las ilusiones y del miedo, el momento de terror y de un odio ancestral, el instante del desastre, están todos aquí.

La causa del sufrimiento reside en el sueño secreto, no en los sueños corporales del mundo. Comenzó en el instante original en que dijimos sobre la diminuta y alocada idea: “Esto es la verdad. La brecha entre Dios y Su Hijo es real, y nuestros propios seres especiales son testigos de este feliz hecho de la separación”. La brecha, por supuesto, no es real, pero el ego nos dice que sí lo es, entonces proyectamos el pensamiento de separación y percibimos brechas "reales" entre los cuerpos. No tenemos ningún recuerdo

de su verdadera fuente, ya que el ego nunca nos hace mirar hacia adentro para ver la irrealidad fundamental de la brecha. A pesar del subterfugio del ego, el verdadero problema permanece en la decisión de la mente de creer en la separación, desmintiendo la naturaleza ilusoria de los sueños internos y externos que fueron concebidos en la locura.

(VII.12:5-6) He aquí la causa de la irrealidad. Mas es aquí donde se des-hará.

Una vez más, el ego nos oculta esta verdad. El mundo no es el problema, pero definitivamente su causa si lo es: nuestra creencia en el loco sistema de pensamiento que dio origen al mundo. Esa causa descansa dentro del tomador de decisiones de la mente (de nuevo, el punto negro justo encima

de la mente dividida en el gráfico), por lo que es ahí donde se des-hará. Para

asegurarse de que esto nunca suceda, el ego nos lleva rápidamente del

sueño secreto al sueño del mundo que establece al cuerpo como su héroe,

nuestra transición al comienzo de la siguiente sección, "El "héroe" del sueño":

(VIII.1:1-2) El cuerpo es el personaje central en el sueño del mundo. Sin él no hay sueño, ni él existe sin el sueño en el que actúa como si fuese una persona digna de ser vista y creída.

Jesús nos describe a todos nosotros. No está hablando irónicamente, aunque

en cierto sentido se está divirtiendo con nuestra reverencia por el cuerpo.

Estos párrafos describirán nuestra experiencia en el mundo, donde pensamos con arrogancia que nuestras vidas aquí son importantes.

Ahora

veremos cuán trivial e insignificante es realmente la vida aquí, al ser un

sueño, sin mencionar nuestra grandiosidad al pensar que el cuerpo es el

centro del universo y que el Todopoderoso lo creó así.

(VIII.1:3-4) Ocupa el lugar central de cada sueño en el que se narra la historia de cómo fue concebido por otros cuerpos, cómo vino al mundo externo al cuerpo, cómo vive por un corto tiempo hasta que muere, para luego convertirse en polvo junto con otros cuerpos que, al igual que él, también mueren. En el breve lapso de vida que se le ha concedido busca otros cuerpos para que sean sus amigos o sus enemigos.

Valoramos demasiado el cuerpo y su vida, los cuales glorificamos y consideramos sagrados. Mejoramos esta imagen buscando nuestros amigos

y enemigos – nuestros compañeros de amor y odio especial – para simbolizar nuestra culpa. Se convierten en símbolos de la muerte, el destino

inevitable de los culpables. La idea de buscar es importante: buscamos a

otros para que sean nuestros amigos y enemigos, y para que finalmente

hallemos nuestra culpa en sus cuerpos. Una vez que el manto del pecado y

la culpa recaiga sobre ellos, Dios mismo los buscará y los hallará, y en Su

ira vengativa dispensará su justo castigo, un punto familiar que pronto explicaremos.

(VIII.1:5-8) Su seguridad es su mayor preocupación; su comodidad, la ley por la que se rige. Trata de buscar placer y de evitar todo lo que le pueda ocasionar dolor. Pero por encima de todo, trata de enseñarse a sí

mismo que sus dolores y placeres son dos cosas diferentes, y que es posible distinguir entre ellos.

En capítulos anteriores, Jesús nos dijo que no podemos diferenciar entre

dicha y dolor, o aprisionamiento y libertad (T-7.X; T-8.II). Este tema sinfónico en curso señala que pensamos hay una diferencia entre el placer y

el dolor – físico o psicológico. Ellos son iguales porque son parte del único

error de la decisión de la mente de separarse. El ego nos necesita para que

creamos en una jerarquía de ilusiones, su primera ley del caos. Sin

embargo, cada ilusión es la misma, ya sea que la juzguemos como placentera o dolorosa. El verdadero placer, sin embargo, viene solo a través

de la mentalidad-correcta, mientras que el dolor es siempre el efecto de

haber elegido erróneamente al ego como nuestro maestro.

(VIII.2:1) El sueño del mundo adopta innumerables formas porque el cuerpo intenta probar de muchas maneras que es autónomo y real.

Si el cuerpo es autónomo y real, entonces el pensamiento subyacente del

ego, oculto en la mente, también es autónomo y real; es decir, nos hemos

separado con éxito de nuestro Creador y Fuente.

(VIII.2:2-3) Se engalana a sí mismo con objetos que ha comprado con discos de metal o con tiras de papel moneda que el mundo considera reales y de gran valor. Trabaja para adquirirlos, haciendo cosas que no tienen sentido, y luego los despilfarra intercambiándolos por cosas que ni necesita ni quiere.

Jesús no se está burlando de nadie en especial. Se está burlando de todos, de

todos los que creemos en la realidad del mundo y del cuerpo. Desde su perspectiva por encima del campo de batalla del mundo del ego, la tontería

de todo lo que hay aquí es sorprendentemente evidente. Sin embargo, nuestra locura no nos impide hacer “cosas que no tienen sentido” las cuales

parecen hacernos felices. El punto de Jesús no es que debemos dejar de

vivir como lo hacemos, comprando cosas que realmente no queremos, etc.,

sino que demos un paso atrás con él y miremos con desconcierto qué es lo

que pasa aquí. Necesitamos darnos cuenta de que nuestras necesidades

especiales de cosas especiales es lo que hemos elegido como la insensata

alternativa al Amor de Dios. No podremos saber que hemos hecho esto hasta que primero observemos cómo es realmente el mundo, lo cual es el

propósito de estos pasajes.

(VIII.2:4-7) Contrata a otros cuerpos para que lo protejan y para que coleccionen más cosas sin sentido que él pueda llamar suyas. Busca a otros cuerpos especiales que puedan compartir su sueño. A veces sueña

que es un conquistador de cuerpos más débiles que él. Pero en algunas fases del sueño, él es el esclavo de otros cuerpos que quieren hacerle sufrir y torturarlo.

Jesús se refiere a nuestros compañeros de amor y odio especial:

aquellos a

quienes, en nombre del amor, creemos que podemos conquistar mediante la

seducción, la manipulación y el regateo astutamente insidioso; y

aquellos a

quienes amamos odiar porque nos victimizan. Cuando examinemos la primera sección de este capítulo, "El cuadro de la crucifixión",

discutiremos

el placer perverso inherente a nuestras locas elecciones de ser herido e

incluso torturado por otros cuerpos.

(VIII.3) Las aventuras del cuerpo, desde que nace hasta que muere, son

el tema de todo sueño que el mundo jamás haya tenido. El "héroe" de este sueño jamás cambiará, ni su propósito tampoco. Y aunque el sueño

en sí adopta muchas formas y parece presentar una gran variedad de lugares y situaciones en los que su "héroe" cree encontrarse, el sueño no tiene más que un propósito, el cual se enseña de muchas maneras. Ésta es la lección que trata de enseñar una y otra vez: que el cuerpo es

causa y no efecto. Y tú que eres su efecto, no puedes ser su causa.

Vemos de nuevo el importantísimo leitmotiv del propósito, presente en cada

movimiento de nuestra sinfonía. En el gráfico, la mente es el lugar de la

causa y el mundo su desastroso efecto. Dado que las ideas no abandonan su

fuentes, los efectos no abandonan su causa, el mundo no tiene existencia

fuera de la mente que lo pensó. El ego, por supuesto, nos dice exactamente

lo contrario: los efectos sí abandonan su causa; las ideas sí abandonan su

fuente. Además, el efecto no solo abandona su causa, sino que el ego también niega la mente al poner un velo a través de ella para que la causa

del mundo quede completamente oculta, dejando que los efectos sean su

propia causa. En otras palabras, creemos que el mundo nos causó, comenzando con nuestro nacimiento.

Sin embargo, en verdad es la mente la que fabricó el mundo y sigue fabricándolo. Esto se olvida convenientemente, haciendo parecer que nosotros, los héroes corporales del sueño, somos víctimas inocentes de personas, poderes y eventos fuera de nuestro control. De esta manera evitamos la responsabilidad por nuestros sentimientos, lo que nos permite

decirle a Dios: "No soy el pecador que provocó esto. Ellos, nuestros socios

especiales, son a los que Tú debes castigar".

(VIII.4:1-3) De esta manera, tú no eres el soñador, sino el sueño. Y, por lo tanto, deambulas fútilmente entrando y saliendo de lugares y situaciones que él maquina. Que esto es todo lo que el cuerpo hace, es cierto, pues no es más que una figura en un sueño.

El propósito del mundo es ocultar el hecho de que somos los soñadores.

Este punto se hace aún más enfáticamente en el próximo capítulo cuando

Jesús habla del milagro, cuyo propósito es establecer que somos, de hecho,

los soñadores del sueño. Una vez más, el ego nos dice que somos cuerpos

en el sueño del mundo, el efecto de una causa externa que no es nuestra

responsabilidad. La importancia de la idea por la que el ego se esfuerza por

convencernos de que somos figuras del sueño (cuerpos) y no soñadores

(mentes) es el número de veces que se repite en este capítulo.

(VIII.7:2) El mundo que ves te muestra exactamente lo que creíste haber hecho.

Lo que creímos haber hecho (nuestro sueño secreto) fue atacar a Dios y destruir Su Amor, y ahora parece como si el mundo nos atacara. Estamos seguros de que nuestra infelicidad se debe a lo que nos han hecho otros cuerpos, la razón por la que el ego nos proporciona continuamente figuras de autoridad para acusarlos de ser responsables por nuestros males y por la pérdida del amor.

(VIII.7:3-4) Excepto que ahora crees que lo que hiciste se te está haciendo a ti. La culpabilidad que sentiste por lo que habías pensado la proyectaste fuera de ti mismo sobre un mundo culpable que es el que entonces sueña tus sueños y piensa tus pensamientos por ti.

El mundo no es más que la proyección del sueño secreto de la mente. Su

ocultamiento significa que no somos conscientes de él, lo que naturalmente

significa que no podemos cambiarlo. Esta no es la primera vez que vemos

esta idea, ya que se repite con frecuencia a lo largo de nuestro viaje sinfónico. Jesús quiere que comprendamos el propósito de la mente para el

mundo, y así poder cambiar nuestra decisión equivocada en favor del ego.

Dado que el propósito existe en la mente y no en el cuerpo, el único propósito de mentalidad-correcta para estar aquí es recordar la meta del

ego, aprender cómo se manifiesta y lo miserables que nos hace. Con la ayuda de este curso encontraremos la motivación para cambiar el propósito

de la mente de la culpa al perdón.

(VIII.7:5) Es su venganza la que recae sobre ti, no la tuya propia.

Somos los dueños de la venganza y el odio, por eso queremos que se castigue a otros en lugar de a nosotros mismos. No parece que sea de esta

manera en el mundo, donde creemos que el comportamiento cruel de los

demás nos afecta negativamente a nosotros y a aquellos inocentes con los que nos identificamos.

(VIII.7:6) Te mantiene estrechamente confinado a un cuerpo, al que castiga por todos los actos pecaminosos que éste comete en su sueño. Más adelante leeremos, “El que castiga el cuerpo está loco” (T-28.VI.1:1).

Esta declaración se aplica a la locura, porque castigar a nuestro cuerpo o el de otro, es castigar nada. La mente es el verdadero depósito de culpa, la cual no tiene nada que ver con el cuerpo proyectado e ilusorio que no ha abandonado su fuente.

(VIII.7:7) Y no puedes hacer que el cuerpo deje de cometer sus actos depravados porque tú no eres su hacedor y, por lo tanto, no puedes controlar sus acciones, su propósito o su destino.

Muy a menudo diremos que no pudimos evitar nuestro comportamiento:

“Fue un impulso irresistible”; “No sé lo que me pasó”; “Mis hormonas me hicieron actuar de esa manera”; etc. Ciertamente parece que el cuerpo actúa independientemente de nosotros, los impecables, y esta es la mentira que el ego perpetúa y defiende hasta la muerte.

(VIII.8:1) El mundo no hace sino demostrar una verdad ancestral: creerás que otros te hacen a ti exactamente lo que tú crees haberles hecho a ellos.

Queremos que la gente nos ataque y traicione, sea infiel, engañosa y hasta

nos mate, porque queremos ver nuestros pecados en ellos. Nos encanta ver

a los malvados en el mundo porque eso nos protege de ver el mal que creemos que está en nuestro verdadero ser. Hasta que reconozcamos la loca

creencia de la mente de que somos “la morada del mal, de las tinieblas y del

pecado” (L-pl.93.1:1), nunca entenderemos que el mal no existe. Para preservar el sistema de pensamiento delirante del ego, primero nos

acusamos de pecado y traición, y luego a través de la proyección lo percibimos en los demás.

(VIII.8:2) Y una vez que te hayas engañado a ti mismo culpándolos, no verás la causa de sus actos porque desearás que la culpabilidad recaiga sobre ellos.

No podríamos pedir una declaración más clara del propósito del mundo. El

ego nos dice que el pecado de la mente es tan palpablemente real y reprehensible que no debemos acercarnos a él. Nuestro único recurso para

salvarnos de la culpa es deshacernos de ella. Fabricamos un mundo de cuerpos separados que nos ofrece una amplia oportunidad para encontrar

pecadores, a los cuales podemos convertirlos en chivos expiatorios.

Cuanto

más estén de acuerdo en que una persona o grupo en particular es culpable,

más se facilitará el darle la bienvenida a la justificación de nuestras proyecciones. Al hacerlo, nunca reconoceremos que el malhechor reside en

nuestros sueños secretos y no en el mundo inexistente.

Pasamos al comienzo de "El cuadro de la crucifixión", una de las secciones

más difíciles del texto, no tanto en términos de comprensión de sus palabras, sino porque cuando las leemos con la mente abierta nos damos

cuenta de la cruda verdad que señalan a nosotros mismos. La sección reúne

a nuestras anteriores discusiones sobre por qué hemos elegido voluntariamente, e incluso con entusiasmo, vidas de dolor y sufrimiento.

(I.1:1) El deseo de ser tratado injustamente es un intento de querer transigir combinando el ataque con la inocencia.

Somos inocentes y otros nos atacan, o somos inocentes al devolver el ataque porque el mundo nos atacó primero. Deseamos ser tratados injustamente porque eso prueba nuestra inocencia, lo que nos permite atacar

con impunidad en la loca creencia de que es posible herir a otro y retener

nuestro yo libre de pecado.

(I.1:2) ¿Quién podría combinar lo que es totalmente incompatible y formar una unidad de lo que jamás puede unirse?

El ego cree que puede, una ilusión ejemplificada por líderes políticos y religiosos que buscan combinar ideales democráticos y espirituales con juicio, división y ataque. De hecho, de una manera u otra, todos hacemos

esto, porque el mundo representa el intento mágico de integrar lo irreconciliable, con la esperanza de escapar del ataque original a Dios, buscando unificar la separación con la unidad, y el pecado con la impecabilidad.

(I.1:3-9) Si recorres el camino de la bondad, no tendrás miedo del mal ni de las sombras de la noche. Mas no pongas símbolos de terror en tu senda, pues, de lo contrario, tejerás una corona de espinas de la que ni tu hermano ni tú os podréis escapar. No puedes crucificarte sólo a ti mismo. Y si eres tratado injustamente, tu hermano no puede sino pagar

por la injusticia que tú percibes. No puedes sacrificarte sólo a ti mismo, pues el sacrificio es total. Si de alguna manera el sacrificio fuese posible, incluiría a toda la creación y al Padre junto con Su Hijo bienamado.

Esta, de nuevo, es la razón por la que el ego teme la bondad del perdón. En

su apacible presencia el miedo es abolido, sin el cual el ego no puede sobrevivir. Mantiene su miedo a través del pensamiento que no perdona del

sacrificio - uno debe morir para que otro viva - y nunca reconocemos que

si otro pierde, nosotros perdemos; si un hijo sufre, todos sufrimos.

Además,

vivimos con un terror mortal, no sea que la balanza del sacrificio caiga contra nosotros, satisfaciendo la necesidad de venganza de Dios. La necesidad del ego de perpetuar su locura explica por qué las religiones Cristianas descansan tan firmemente en el mito salvífico del sufrimiento y

el sacrificio, con la muerte expiatoria de Jesús demostrando la verdad "divina" del sistema de pensamiento del ego acerca del castigo por el pecado. Sin embargo, no es el Hijo de Dios quien es glorificado por esta

locura, sino el hijo especial del ego que nació en la culpa y el odio.

(I.2:1-2) En tu liberación del sacrificio se pone de manifiesto la de tu hermano, haciéndose así evidente que tu liberación es la suya. Mas cada vez que sufres ves en ello la prueba de que él es culpable por haberte atacado.

Ahora podemos entender por qué hicimos que los cuerpos fueran susceptibles a las enfermedades y la muerte, vulnerables a un aluvión constante de problemas que nunca se pueden resolver realmente. Los cuerpos se rompen, sufren y mueren porque la mente quiere que lo hagan,

con la causa atribuida a fuerzas externas y, más específicamente e incluso

felizmente, a atacar a los pecadores a quienes Dios seguramente castigará.

El sacrificio de la unidad con esto se completa y seremos “salvados” para

siempre del pecado.

(I.2:3-5) De esta manera, te conviertes en la prueba de que él ha perdido su inocencia y de que sólo necesita contemplarte para darse cuenta de que ha sido condenado. Mas la justicia se encargará de que él

pague por todas las injusticias cometidas contra ti. La injusta venganza por la que tú estás pagando ahora es él quien debería pagar por ella, y cuando recaiga sobre él, tú te liberarás.

Queremos que nuestras familias, colegas y personas en general se den cuenta de los terribles pecadores que existen en el mundo. Nuestros cuerpos

sufridos, crucificados por los ataques inconcebibles de otros, prueban que el

mal está en ellos, no nosotros. Son ellos, por tanto, los que deberían ser

castigados. El mundo de la claramente articulada diferencia entre el pecado

y la impecabilidad es apreciado y sostenido por el ego porque demuestra la

culpa del mundo y nuestra inocencia. Les decimos a nuestros enemigos

especiales: "Como me atacaste injustamente, serás atacado justificadamente

mientras yo salvo al mundo de tu próximo ataque".

(I.2:6-7) No desees hacer de ti mismo un símbolo viviente de su

culpabilidad, pues no te podrás escapar de la sentencia de muerte a la que lo condenes. Mas en su inocencia hallarás la tuya.

No hay diferencias entre los Hijos de Dios porque no estamos separados

unos de otros. Si yo te hago culpable, yo testifico sobre mi pecaminosidad.

Si retiro la culpa que te puse, también la retiro de mí mismo, estableciendo

nuestra inocencia compartida.

(I.3:1) Siempre que consientes sufrir, sentir privación, ser tratado injustamente o tener cualquier tipo de necesidad, no haces sino acusar a tu hermano de haber atacado al Hijo de Dios.

En el sueño secreto creemos que somos los que atacamos al Hijo de Dios,

crucificando a Cristo al destrozarlo en miles de millones de fragmentos, borrando Su "Unicidad unida cual Una sola" (T-25.I.7:1). Nuestra culpa es

abrumadora, y el terror por el castigo inevitable es igualmente insoportable.

El ego nos dice que nuestra única esperanza es fingir que no cometimos el

pecado, y luego deshacernos del sueño secreto al proyectarlo en otros. Aceptamos felizmente cada gramo de dolor que sufrimos en las manos de

otro, porque nuestro sufrimiento señala con un dedo acusador, diciendo:

"Ya que atacaste al Hijo de Dios (es decir, a nosotros) mereces el castigo de

Dios". Para repetir, el propósito del mundo es permitirnos hacer tales declaraciones, y Un Curso de Milagros se diferencia de otras espiritualidades no-dualistas en que identifica la motivación para la existencia del mundo: probar que otro es culpable de nuestros "pecados

secretos y odios ocultos" (T-31.VIII.9:2) que son el núcleo del sueño de mentalidad-errada.

(I.3:2) Presentas ante sus ojos el cuadro de tu crucifixión, para que él pueda ver que sus pecados están escritos en el Cielo con tu sangre y con

tu muerte, y que van delante de él, cerrándole el paso a la puerta Celestial y condenándolo al infierno.

Queremos que Dios vea los pecados de los demás ya que están "escritos en el Cielo". Él los condenará a ellos en lugar de a nosotros, arrastrándolos al infierno. Dado que el mundo del ego es uno u otro, si nos liberamos del pecado y entonces debemos ir al Cielo. Las dos oraciones del párrafo anterior resumen muy bien el sistema de pensamiento del ego: nos sentimos culpables acerca de la separación, lo cual hace que nuestro yo individual gotee la sangre del pecado. En vez de darnos cuenta de que esto es un sueño, creemos que nuestro pecado es real, lo que exige que sea proyectado. Esta proyección fabricó el mundo, y una vez el pecado fue puesto fuera de nosotros, nuestro sufrimiento y muertes ensangrentadas prueban que otro pecó contra nosotros. Por eso las religiones del ego han abrazado a los mártires que proclaman a Dios: los incrédulos han pecado contra nosotros. "Castígalos". Y Él, el Dios loco del ego, no puede evitar castigar y matar, siguiendo los dictados de la culpa del ego.

Desde la perspectiva del Curso, podemos entender cómo y por qué las historias del evangelio sobre Jesús fueron corrompidas. Su muerte le dice al mundo culpable: "Tus pecados me hicieron esto". Por eso nos pide que lo perdonemos (T-19.IV-B.6) por lo que no hizo. Estos cuentos son el sueño secreto del ego, jugado en el escenario mundial y convertidos en el sueño del mundo. En efecto, Jesús nos dice: "No tuve nada que ver con esta locura, y quiero que tú tampoco tengas nada que ver con ella. No hagas imágenes de crucifixión que condenan a los que acusan de pecado. Este loco

sueño solo puede seguir siendo un sueño, sin efecto sobre la realidad del Hijo de Dios".

(I.3:3-6) Mas esto sólo está escrito así en el infierno, no en el Cielo, donde te encuentras a salvo del ataque y eres la prueba de su inocencia.

La imagen que de ti le ofreces, te la muestras a ti mismo y le impartes toda tu fe. El Espíritu Santo, en cambio, te ofrece una imagen de ti mismo en la que no hay dolor ni reproche alguno para que se la ofrezcas a tu hermano. Y aquello de lo que se hizo un mártir para que diese testimonio de su culpabilidad se convierte ahora en el perfecto testigo de su inocencia.

Debido a que tenemos esta corrección de mentalidad-correcta, el ego ordena todas sus fuerzas de proyección y ataque para negar la verdad de que el

martirio, nuestro o ajeno, no ayuda a nadie. Continuamente bombardea el

cuerpo con culpa para que el perdón de la mente permanezca enterrado bajo

capas de miedo, y más allá de cualquier accesibilidad para el cambio. ¿Cómo podría esta locura ser la voluntad del Cielo? Y en caso de que perdiéramos su punto, Jesús lo repite en el siguiente párrafo:

(I.4:3-7) Tus sufrimientos y tus enfermedades no reflejan otra cosa que la culpabilidad de tu hermano, y son los testigos que le presentas no sea

que se olvide del daño que te ocasionó, del que jamás escapará.

Aceptas

esta lamentable y enfermiza imagen siempre que sirva para castigarlo. Los enfermos no sienten compasión por nadie e intentan matar por contagio. La muerte les parece un precio razonable si con ello pueden decir: "Mírame hermano, por tu culpa muero". Pues la enfermedad da testimonio de la culpabilidad de su hermano, y la muerte probaría que sus errores fueron realmente pecados.

Aquí, entonces, es donde nos deja el sistema de pensamiento del ego: el

fondo de su escalera de locura que causa que elijamos el sufrimiento para

que otro sea castigado. Como hemos visto, una premisa demente (el pecado

es real) solo puede llevar a una conclusión demente (martirio voluntario).

Todos caminamos por esta tierra, murmurando en voz baja en respuesta a

cada insulto o ataque percibido: "Mírame hermano, por tu culpa sufro, enfermo y muero". Inevitablemente, la separación y el pecado del ego se

hacen realidad, mientras que la Unidad viviente y amorosa de Dios queda

relegada al mundo de la ilusión.

(I.4:8-11) La enfermedad no es sino una "leve" forma de muerte; una forma de venganza que toda-vía no es total. No obstante, habla con certeza en nombre de lo que representa. La amarga y desolada imagen que le has presentado a tu hermano, tú la has contemplado con pesar.

Y

has creído todo lo que dicha imagen le mostró porque daba testimonio de su culpabilidad, la cual tú percibiste y amaste.

La atracción de la culpa radica en verla y amarla en los demás porque eso

significa que no está en nosotros. Una vez más, la culpa de otro queda demostrada por la imagen de la crucifixión que le presentamos al mundo.

No importa si la forma es enfermedad o muerte, el contenido intencional del

ataque justificado contra el culpable sigue siendo el mismo. Las cosas que

no provienen del unificado Amor de Dios son igualmente irreales.

(I.6:3-5) El factor motivante de este mundo no es la voluntad de vivir, sino el deseo de morir. El único propósito que tiene es probar que la culpabilidad es real. Ningún pensamiento, acto o senti-miento mundano

tiene otra motivación que ésta.

Otra declaración sucinta del propósito del mundo de no dar gloria a Dios

sino a la culpa que es vista en todos menos en nosotros mismos. Dado que

nuestro propósito al ser un cuerpo es demostrar que la culpa es real, ¿cómo

podría ser otra cosa que una "putrescente prisión" (T-26.I.8:3)? Es la culpa

la que hace que el cuerpo se pudra y muera, no el envejecer o las "leyes" de la naturaleza, porque el ego quiere que suframos, incluso hasta la muerte, de modo que algún otro agente es percibido como el pecaminoso arquitecto de nuestra dolorosa desaparición.

(I.6:6-11) Éstos son los testigos que se convocan para que se crea en ellos y para que corroboren el sistema que representan y en favor del cual hablan. Y cada uno de ellos tiene muchas voces, y os hablan a ti y a tu hermano en diferentes lenguas. Sin embargo, el mensaje que os dan a ambos es el mismo. Engalanar el cuerpo es una forma de mostrar cuán hermosos son los testigos de la culpabilidad. Preocuparte por el cuerpo demuestra cuán frágil y vulnerable es tu vida; cuán fácilmente puede quedar destruido lo que amas. La depresión habla de muerte, y la vanidad, de tener un gran interés por lo que no es nada. Recuerda que el placer y el dolor son lo mismo porque ambos hacen que el cuerpo sea real, las diferencias en la forma desmienten la uniformidad de su contenido subyacente. Este tema de forma y contenido resuena a lo largo de nuestra sinfonía, y es esencial para comprender la estrategia del ego y la corrección del Espíritu Santo. Se nos ha enseñado que el placer refleja la dinámica del amor especial, en el que buscamos ocultar nuestro odio subyacente con un cuerpo atractivo. La parte oculta revela el pensamiento de culpa, porque la fragilidad del cuerpo ensombrece el pensamiento del castigo por el pecado, la fuente de todo sufrimiento. En esto el cuerpo es central, ya que sirve como un objeto de depresión cuando no funciona como nosotros demandamos, lo cual culmina en la muerte, o se convierte en objeto de veneración y vanidad por sus múltiples regalos placenteros. No

obstante, el mensaje de nuestro cuerpo al mundo es claro: tú, no mi mente,

eres responsable de la tristeza o alegría que siento.

(I.7) La enfermedad, no importa en qué forma se manifieste, es el testigo más convincente de la futilidad y el que refuerza a todos los demás y les ayuda a pintar un cuadro en el que el pecado está justificado. Los enfermos creen que todas sus extrañas necesidades y todos sus deseos antinaturales están justificados. Pues ¿quién podría amar una vida que queda truncada tan pronto, y no atribuirle valor a los gozos pasajeros? ¿Qué placer hay que sea duradero? ¿No tienen los débiles el derecho de creer que cada migaja de placer robado constituye

su justa retribución por la brevedad de sus vidas? Pues pagarán con su muerte por todos sus placeres tanto si disfrutaban de ellos como si no. A la vida siempre le llega su final, sea cual sea la forma en que ésta se viva. Por lo tanto, se deleitan con lo pasajero y con lo efímero.

Así es como justificamos nuestra búsqueda de placer. La vida es corta y

llena de enfermedad y dolor, justificando la búsqueda de cualquier placer

que podamos obtener, cualquier migaja de especialismo que podamos buscar o robar. Después de todo, no es culpa nuestra que estemos enfermos;

¿se nos puede culpar por buscar un respiro del dolor de existencia física?

Sin embargo, en medio de esta atracción por los engaños y mentiras del

ego, Jesús alivia nuestra culpa sobre tales pensamientos y acciones "pecaminosas" diciendo:

(I.8) Nada de esto es un pecado, sino un testigo de la absurda creencia de que el pecado y la muerte son reales, y de que tanto la inocencia como el pecado acabarán igualmente en la tumba. Si esto fuese cierto tendrías ciertamente motivos para contentarte con ir en pos de gozos pasajeros y disfrutar de cada pequeño placer siempre que tuvieses la oportunidad. No obstante, en ese cuadro no se percibe al cuerpo como algo neutral y desprovisto de un objetivo intrínseco. Pues se convierte en el símbolo del reproche y en la prueba de la culpabilidad, cuyas consecuencias aún están ahí a la vista, de modo que la causa jamás se pueda negar.

Esto expresa, una vez más, el propósito último del cuerpo de reforzar la culpa, la razón por la que soñamos su sueño. Ya que podríamos haber hecho el cuerpo de la forma que quisiéramos - al ser nuestro sueño - ¿por qué lo hemos hecho vulnerable a causas que no podemos controlar? Ya hemos aprendido la respuesta: sufrimos en la debilidad para que otro sufra más como victimario pecaminoso. La imagen de la crucifixión que presentamos refleja la estrategia del ego para la salvación, basada en la creencia de que la separación es un pecado y la muerte su merecido castigo. Siguiendo este plan perverso, incluso los placeres corporales serán fuente de culpa, porque el cuerpo ha sido hecho real, dando testimonio de la sólida verdad del pensamiento subyacente del pecado de la mente. El perdón no puede entenderse o practicarse fuera del contexto de la estrategia del ego, ya que está destinado a deshacer el sistema de pensamiento del ego. Sin ver el propósito del ego para los cuerpos y las relaciones, cambiar nuestras mentes al respecto es imposible. Cuando sentimos repulsión por el odio en nuestras vidas, finalmente estaremos motivados a decir: "Debe haber otra manera, maestro y propósito para estar aquí". Pero primero tenemos que entender el ego. "Los testigos del pecado" desarrolla el tema del propósito del ego, destacando su uso del dolor para lograr el objetivo de auto-preservación: (VI.1:1-2) El dolor demuestra que el cuerpo no puede sino ser real. Es una voz estridente y ensordecidora, cuyos alaridos tratan de ahogar lo que el Espíritu Santo dice e impedir que Sus palabras lleguen hasta tu conciencia. Veremos con frecuencia en este primer párrafo de la sección la idea del propósito, o la palabra misma, apareciendo en conexión con el dolor. El

libro de ejercicios dice: "Si Dios es real, el dolor no existe. Mas si el dolor es real, entonces es Dios Quien no existe" (L-pl.190.3:3-4). El dolor da alaridos por la realidad del cuerpo, siendo un testigo de que el pecado de la separación realmente ocurrió. Este es el propósito del cuerpo, la razón por la que lo fabricamos con ultrasensibles receptores del dolor. Como es nuestro sueño, podríamos haber hecho que el cuerpo estuviera completamente desprovisto de dolor. Sin embargo, el sufrimiento sirve muy bien a la necesidad del ego de demostrar que Dios no existe. Además, el dolor físico y emocional demuestra que alguna causa distinta a nuestra mente es responsable de él. Esto no significa que debamos sentirnos culpables porque sufrimos o estamos enfermos. Jesús simplemente quiere que no nos dejemos engañar por la astucia del ego. Al mismo tiempo, atendemos a nuestro dolor - ya que permanecer en el dolor es simplemente masoquismo - observando sin juzgar las maquinaciones del ego en acción. De esta manera aprendemos sobre el propósito último del dolor. Para hacer el punto nuevamente, ya que el mundo y el cuerpo son nuestros sueños, todo lo que hacen es intencional. Freud nos enseñó sobre la naturaleza intencionada de los sueños hace más de un siglo, y Jesús expande este entendimiento para abarcar al mundo. Nuestros sueños dormidos y despiertos son no al azar, sino que son elegidos deliberadamente por la mente para mantenernos dormidos. Sólo nos queda darnos cuenta su propósito; de lo contrario, no podemos elegir cambiarlo y despertar del sueño de una vez por todas. (VI.1:3-6) El dolor exige atención, quitándosela así al Espíritu Santo y

centrándola en sí mismo. Su propósito es el mismo que el del placer, pues ambos son medios de otorgar realidad al cuerpo. Lo que comparte un mismo propósito es lo mismo. Esto es lo que estipula la ley que rige todo propósito, el cual une dentro de sí a todos aquellos que lo comparten.

No podríamos pedir oraciones declarativas más simples que lo digan todo:

el propósito unifica. Esta es la razón por la que el placer y el dolor son lo

mismo, y ambos hacen que el cuerpo sea real en nuestra experiencia. Estamos todos aquí por la razón loca de probar, a través de nuestro sufrimiento, que Dios no existe. En nuestra locura, mágicamente buscamos

culpar a todos y a todo por nuestro dolor (o placer). Los cuerpos sirven admirablemente a este doble propósito y nos mantienen sin mente, aparentemente para siempre.

(VI.1:7-9) El placer y el dolor son igualmente ilusorios, ya que su propósito es inalcanzable. Por lo tanto, son medios que no llevan a ninguna parte, pues su objetivo no tiene sentido. Y comparten la falta de sentido de que adolece su propósito.

El placer y el dolor no pueden hacer que el cuerpo sea real, porque una ilusión es una ilusión; ni pueden hacer real el pensamiento ilusorio de la

culpa, la fuente del cuerpo. Si bien el propósito de estos sentimientos es

hacer que la existencia del ego sea un hecho, no pueden hacerlo, incluso si

en nuestro pensamiento delirante creemos que el sistema de pensamiento

del ego existe y Dios no.

(VI.2) El pecado oscila entre el dolor y el placer, y de nuevo al dolor.

Pues cualquiera de esos testigos es el mismo, y sólo tienen un mensaje:

“Te encuentras dentro de este cuerpo, y se te puede hacer daño.

También puedes tener placer, pero el costo de éste es el dolor”. A estos

testigos se unen muchos más. Cada uno de ellos parece diferente porque tienen un nombre distinto, y así, parece responder a un sonido

diferente. A excepción de esto, los testigos del pecado son todos iguales.

Llámale dolor al placer, y dolerá. Llámale placer al dolor, y no sentirás el dolor que se oculta tras el placer. Los testigos del pecado no hacen sino cambiar de un término a otro, según uno de ellos ocupa el primer plano y el otro retrocede al segundo. Es irrelevante, no obstante, cuál de ellos tenga primacía en cualquier momento dado. Los testigos del pecado sólo oyen la llamada de la muerte.

Nuestro tema siempre presente de forma y contenido vuelve a sonar.

El

contenido es la creencia de la mente en el pecado, castigado con la muerte.

Una vez proyectada, la forma se vuelve irrelevante, siendo el placer y el

dolor lo mismo. Cada uno refleja el pecado de la separación y refuerza su

realidad en nuestras locas mentes. Centrarnos en la forma tomada por el

pecado, nos distrae de la mente, ya que fija nuestra atención en lo sin mente, lo cual es el objetivo de la estrategia consumada del ego. Esto no

solo refuerza la identificación con el cuerpo, sino que apunta a otro como su

causa. Y entonces no es solo que podamos ser felices o sufrir, sino que la

responsabilidad por nuestros sentimientos está en otra parte – en una persona, un lugar o una cosa.

(VI.3:1-4) El cuerpo, que de por sí carece de propósito, contiene todas tus memorias y esperanzas. Te vales de sus ojos para ver y de sus oídos

para oír, y dejas que te diga lo que siente. Mas él no lo sabe. Cuando invocas los testigos de su realidad, te repiten únicamente los términos que les proporcionaste para que él usara.

El cuerpo no tiene propósito porque es solo una proyección y no ha abandonado su fuente. Su propósito del ataque o del perdón lo da la mente

tomadora de decisiones, el "tú" a quien Jesús dirige su enseñanza.

Aliada

con el ego, la mente le dice al cuerpo: "Quiero que pruebes que la

separación es verdad. Además, quiero que su causa no se vea dentro, sino

fuera de ti en el mundo". Una vez más, la mente fabricó el cuerpo con órganos sensoriales y receptores que nos dicen que hay un mundo externo

que nos trata injustamente, del cual una parte integral es el pasado (recuerdos) y el futuro (esperanzas) los cuales gobiernan nuestras vidas y

parecen darles sentido y propósito.

(VI.3:5-6) No puedes elegir cuál de entre ellos es real, pues cualquiera que elijas es igual que los demás. Lo único que puedes hacer es decidir llamarlo por un nombre o por otro, pero eso es todo.

Elegimos entre nada y nada. Dado que no existe una jerarquía de ilusiones,

todas las cosas aquí son lo mismo, sin importar los nombres que usemos o

los sentimientos que les atribuyamos. Siendo nada, cada ilusión es como

cualquier otra, corregida por el único milagro del perdón (no hay grados de

dificultad en los milagros).

Nuestra discusión sobre el sufrimiento continúa con pasajes de "El soñador del sueño".

(VII.1) Sufrir es poner énfasis en todo lo que el mundo ha hecho para hacerte daño. En esto puede verse claramente la versión descabellada que el mundo tiene de la salvación. Al igual que en un sueño de castigo

en el que el soñador no es consciente de lo que provocó el ataque contra

él, éste se ve a sí mismo atacado injustamente, y por algo que él no es.

Él es la víctima de ese "algo", una cosa externa a él, por la que no tiene

porqué sentirse responsable en absoluto. Él debe ser inocente porque no sabe lo que hace, sino sólo lo que le hacen a él. Su ataque contra sí mismo, no obstante, aún es evidente, pues es él quien sufre. Y no puede

escapar porque ve la causa de su sufrimiento fuera de sí mismo.

No conocemos el sueño de nuestra mente, pero creemos que sabemos lo que hacen los demás. Al no tener ni idea de nuestros “pecados secretos y odios ocultos” (T-31.VIII.9:2), nos hacemos conscientes de sus pecados y odios.

Aunque tratamos desesperadamente de deshacernos de la culpa mediante la proyección, su fuente (el sueño secreto) permanece dentro de nosotros – las

ideas no abandonan su fuente. Somos miserables e infelices, sufrimos y

morimos, pero desconocemos la causa, la cual atribuimos a leyes o circunstancias “naturales” más allá de nuestra capacidad para influenciarlas

o afectarlas, dejándonos como víctimas inocentes de un mundo duro y cruel

que sólo busca nuestra muerte.

(VII.3:1-4) El “razonamiento” que da lugar al mundo, sobre el que descansa y mediante el cual se mantiene vigente, es simplemente éste:

“Tú eres la causa de lo que yo hago. Tu sola presencia justifica mi ira, y existes y piensas aparte de mí. Yo debo ser el inocente, ya que tú eres el

que ataca. Y lo que me hace sufrir son tus ataques”.

El maestro sinfonista vuelve a su tema del propósito del mundo de demostrar nuestra inocencia, comprada a través del dolor. Los demás también deben sufrir, ya que nuestros pecados proyectados justifican su

castigo y nuestra (y la de Dios) justa ira.

(VII.3:5) Todo el que examina este “razonamiento” exactamente como es se da cuenta de que es incongruente y de que no tiene sentido.

El ego nunca quiere que miremos su estrategia, porque eso nos llevaría a

regresar a la mente y elegir la cordura en lugar de la locura. El mundo que

fue hecho para mantenernos como cuerpos sin mente que sufren a manos de

otros, no tiene sentido porque no puede ser verdad. El Hijo de Dios solo

puede ser herido por su propia decisión y nada más, porque no hay nada más.

(VII.3:6-7) Sin embargo, da la impresión de ser razonable, ya que ciertamente parece como si el mundo te estuviese hiriendo. Y así, no parece necesario buscar la causa más allá de lo obvio.

El razonamiento del ego ciertamente parece sensato, tanto a nivel individual

como colectivo. Los cuerpos, débiles y vulnerables, fueron fabricados para

sufrir y poder afirmar que la causa del sufrimiento está fuera de nosotros.

Como nuestro cerebro y el mundo nos dicen esto, no intentamos ir más allá

de lo obvio: los macro y microorganismos, el gobierno, el clima, etc., son

las causas de nuestra angustia. Sin embargo, no necesitamos buscar en lo

externo la fuente de nuestro dolor, ya que existe únicamente dentro de la

mente tomadora de decisiones, donde de hecho, el ego se esconde detrás del

mundo sin mente que forjó con la culpa y el odio.

(VII.4:1-5) Pero ciertamente hay necesidad de ello. La necesidad de liberar al mundo de la condenación en la que se halla inmerso es algo que todos los que habitan en él comparten. Sin embargo, no reconocen esta necesidad común. Pues cada uno piensa que si desempeña su papel,

la condenación del mundo recaerá sobre él. Y esto es lo que percibe debe ser su papel en la liberación del mundo.

El ego nunca quiere que pasemos de la ausencia de la mente a la plenitud de

la mente, del cuerpo a la mente, sino que la verdadera felicidad depende de

lo que hagamos – nuestra "necesidad común". Una forma de asegurarse de

que el estado sin mente se conserve es el martirio, el dispositivo favorito del

ego que ha sido perfeccionado por las religiones Cristianas que se basan en

el salvador crucificado, martirizado por nuestro pecado. Tomando al Jesús bíblico como su modelo, ellos tienen la creencia de mentalidad-errada de que la inocencia debe ser atacada, reforzando la verdad divinamente inspirada de que su feliz sacrificio libera al mundo del pecado, con el mal siendo castigado para siempre y la inocencia martirizada es recompensada por toda la eternidad.

(VII.4:6-9) La venganza tiene que tener un blanco. De lo contrario, el cuchillo del vengador se encontraría en sus propias manos, apuntando hacia sí mismo. Pues para poder ser la víctima de un ataque que él no eligió, tiene que ver el arma en las manos de otro. Y así, sufre por razón de las heridas que le infligió un cuchillo que él no estaba empuñando. No queremos ver que el asesino, la causa de nuestro dolor, es el tomador de decisiones de la mente. El ego siempre dirige la atención hacia afuera, por lo que percibimos la culpa en los demás y no en nosotros mismos. Nosotros mágicamente creemos que nuestras proyecciones nos salvarán, incluso si eso significa nuestro propio sufrimiento y muerte. En la locura, nosotros creemos que la ira de Dios eventualmente nos reivindicará de las injusticias impuestas a nuestras inocentes cabezas por los malvados pecadores del mundo.

(VII.5:1-3) Ése es el propósito del mundo que él ve. Y desde este punto de vista, el mundo provee los medios por los que dicho propósito parece alcanzarse. Los medios dan testimonio del propósito, pero no son de por sí la causa. Ten en cuenta que el propósito se menciona en cada una de estas tres oraciones. Es esencial que veamos que el propósito del mundo es demostrar

que el vengador está fuera de la mente. Sin embargo, este no es realmente el propósito del mundo para todo, sino el intento lleno de odio de la mente del ego de mantener la separación que robó, delatando su pecado a través de la proyección.

(VII.7:1-4) Los testigos del pecado ocupan un reducido espacio. Y es ahí donde encuentras la causa de la perspectiva que tienes acerca del mundo. Hubo un tiempo en que no eras consciente de cuál era la causa

de todo lo que el mundo parecía hacerte sin tú haberlo pedido o provocado. De lo único que estabas seguro era de que entre las numerosas causas que percibías como responsables de tu dolor y sufrimiento, tu culpabilidad no era una de ellas.

Como sociedad, somos astutamente capaces de identificar las diversas causas de enfermedad, disfunción e innumerables problemas que el mundo

nos presenta – físicos, psicológicos, económicos, religiosos, sociales y geopolíticos. Siempre buscamos la causa, pero nunca en el lugar de nuestras

mentes donde se encuentra la fe y la creencia en la culpa. El ser tomador de

decisiones es el "reducido espacio" en el que el pecado y sus aliados permanecen, y es en el ser tomador de decisiones donde se deshará la causa

del sufrimiento, con el recuerdo de nuestra verdadera Causa elegida en su lugar.

(VII.7:5-7) Ni tampoco eran el dolor y el sufrimiento algo que tú mismo hubieses pedido en modo alguno. Así es como surgieron todas las ilusiones. El que las teje no se da cuenta de que es él mismo quien las urde ni cree que la realidad de éstas dependa de él.

Como dijo Helen una mañana al despertar: "Jamás subestimes el poder de la

negación". [1] No sabemos lo que estamos negando, porque no somos conscientes del sueño oculto del ego. Como únicamente sabemos acerca del

sueño del mundo, aparentemente independiente de nosotros, ¿cómo

podríamos ser responsables de una mente que es inconsciente y está más

allá de la conciencia?

(VII.7:8-9) Cualquiera que sea su causa, es algo completamente ajeno a

él, y su mente no tiene nada que ver con lo que él percibe. No puede dudar de la realidad de sus sueños porque no se da cuenta del papel que él mismo juega en su fabricación y en hacer que parezcan reales. Una y otra vez Jesús nos insta a prestar atención a nuestra mente soñadora y

no a los sueños del mundo que nos ciegan al contenido de la mente. Al hacernos ver solo el mundo de la forma, el ego asegura que el sueño secreto, la fuente del mundo, permanezca protegido del cambio y la disolución, ya que el Hijo se ha identificado sólo con los sin mente.

(VII.8:1-3) Nadie puede despertar de un sueño que el mundo esté soñando por él. Pues en ese caso él se ha convertido en parte del sueño

de otro. No puede elegir despertarse de un sueño que él no urdió.

Esto nos ayuda a comprender por qué no hay esperanza en el mundo.

Jesús

señala que no podemos cambiar un sueño que no sabemos que estamos

soñando, y el ego usa el mundo de los sueños para sellar el acceso a la mente soñadora. Por otro lado, nuestro hermano mayor nos devuelve la

atención a través del milagro, el cual es el medio para devolvernos a la mente que es la fuente del mundo y el cuerpo, el lugar del problema y la

solución. Por lo tanto, el curso de milagros de Jesús es el texto de nuestra vida.

(VII.8:4-7) Es la víctima impotente de un sueño concebido ypreciado por otra mente, la cual no se preocupa por él en absoluto, y es tan indiferente a su paz y a su felicidad como lo es el tiempo o la hora del día. No lo ama, sino que caprichosamente lo obliga a desempeñar cualquier papel que satisfaga su sueño. Es tan poca su valía que él no es

más que una sombra danzante, que sube y baja al compás de un guion disparatado concebido dentro del fútil sueño del mundo.

Ahora podemos ver nuestra desesperación y nuestra percepción de la vida

sin sentido. Es fundamental darnos cuenta de por qué aquí no hay esperanza

posible, porque sólo entonces estaremos motivados a buscar dentro, donde

Jesús y su milagro nos esperan. Él no está en el mundo y el no reconocer su

presencia en la mente, donde estamos, asegura que seguiremos viéndonos

sacudidos sin piedad por los caprichos de las personas, de circunstancias, o

incluso de Dios Mismo. Por causas ajenas a nosotros, somos víctimas del

sueño cruel e insensible, atesorado por una mente enferma que no sabemos

que es la nuestra.

(II.10:6-9) Identidad y función son una misma cosa, y mediante tu función te conoces a ti mismo. De modo que si confundes tu función con

la función de Otro, es que estás confundido con respecto a ti mismo y con respecto a quién eres. ¿Qué es la separación sino un deseo de arrebatarse a Dios Su función y negar que sea Suya? Mas si no es Su función, tampoco es la tuya, pues no puedes por menos que perder aquello de lo que te apoderas.

Nuestra Identidad es Cristo y nuestra función es la creación. Cuando creímos la mentira de la separación, nos convertimos en Dios, confundiendo nuestra función con la Suya y convirtiéndonos en la Primera

Causa en lugar de ser Su Efecto. El simple error de la confusión de identidad se convierte para el ego en el pecado atroz de usurpar el papel de

Dios, un pecado castigable con la muerte. Esto hace que el Dios proyectado

del ego comparta nuestros sueños secretos de pecado y venganza, mientras

nuestro Ser y Su Creador esperan pacientemente más allá de estos sueños

febriles a que la mente engañada despierte al hogar que nunca abandonó.

(II.11:1-2) En una mente escindida, la identidad no puede sino dar la impresión de estar dividida. Nadie puede percibir que una función está unificada, si ésta tiene propósitos conflictivos y objetivos diferentes. Esta es la división en la que nos vemos con una función separada de la de

Dios, una división que proyectamos, lo que nos lleva a la creencia de que tenemos una función separada de la de los demás: el propósito de otro es

matar, el nuestro es corregir o castigar. Estas funciones u objetivos separados establecen diferencias muy reales entre los Hijos de Dios, al negar su unidad fundamental.

(II.11:3-6) Para una mente tan dividida como la tuya, corregir no es sino una manera de castigar a otro por los pecados que tú crees son tus

propios pecados. Y de este modo, el otro se convierte en tu víctima, no en tu hermano, diferente de ti por el hecho de ser más culpable, y tener,

por lo tanto, necesidad de que lo corrijas, al ser tú más inocente que él.

Esto separa su función de la tuya, y os da a ambos un papel diferente. Y

así, no podéis ser percibidos como uno y con una sola función, lo cual querría decir que compartís una misma identidad y un solo objetivo.

Esto, de nuevo, va al corazón del sistema de pensamiento del ego (uno u

otro; mata o te matarán), expresado aquí en una forma más sutil que la

descrita en El Canto de la Oración como "perdón-para-destruir" (S-2.II).

Mientras proyectamos el pecado percibido por la mente en otros, afirmando

nuestra impecabilidad, la cual exigiría su castigo, parece que estamos siendo amables sólo para poder corregir sus errores. Sin embargo, mantenemos la separación demostrando que los demás son diferentes a

nosotros: nosotros somos los que corregimos, ellos los que necesitan corrección. Dicho de otra manera, no vemos un propósito o una función compartida, sino dividida, con otros siendo victimarios y nosotros los que

siendo totalmente inocentes sufrimos "benignamente" por su pecado.

(II.13:2-6) De la idea de que el ser se compone de dos partes, surge necesariamente el punto de vista de que su función está dividida entre las dos. Pero lo que quieres corregir es solamente la mitad del error, que tú crees que es todo el error. Los pecados de tu hermano se convierten, de este modo, en el blanco central de la corrección, no vaya

a ser que tus errores y los suyos se vean como el mismo error. Los tuyos

son equivocaciones, pero los suyos son pecados y, por ende, no son como los tuyos. Los suyos merecen castigo, mientras que los tuyos, si vamos a ser justos, deberían pasarse por alto.

Quizás no somos perfectos y hemos cometido errores, pero eso no nos convierte en pecadores. Seguro que podemos haber hecho trampa en nuestro impuesto sobre la renta, o puede que no hayamos sido totalmente

honestos en los negocios, pero somos diferentes de otros que violarían, torturarían y matarían. Esta mentalidad de una jerarquía de pecados, a la

que todos suscribimos, significa que de hecho amamos y no odiamos a los

malhechores como podríamos declarar. Apreciamos sus "pecados" porque

nos permiten ver las funciones como divididas – las de ellos para pecar mientras que las nuestras para "perdonar" – en una manera que oculta el

pensamiento subyacente de hacer que los pecados de los demás sean reales

y merecedores de castigo. Esto establece que los Hijos de Dios son diferentes: uno inocente, otro culpable.

Pasamos ahora a uno de los dos lugares del texto donde Jesús trata el mencionado "perdón-para-destruir" (el otro es T-30.VI.1-4; también se describe en el libro de ejercicios, L-pl.126.1-7; L-pl.134.1-5). Jesús explica

cómo normalmente corregimos los pecados de otras personas, a veces haciéndolo bajo el disfraz del perdón mediante el cual perdonamos a otros

por lo que han hecho, enmascarando nuestros pensamientos detrás de un

velo de santidad. También hay ocasiones en las que simplemente castigamos a los pecadores de una vez. De cualquier manera, hemos

establecido nuestra superioridad moral diferenciadora.

(II.1:5-10) ¿Quién que haya sido herido por su hermano podría amarlo aún y confiar en él? Pues su hermano lo atacó y lo volverá a hacer. No lo protejas, ya que tu cuerpo lesionado demuestra que es a ti a quien se

debe proteger de él. Tal vez perdonarlo sea un acto de caridad, pero no es algo que él se merezca. Se le puede compadecer por su culpabilidad,

pero no puede ser eximido. Y si le perdonas sus transgresiones, no haces sino añadir otro fardo más a la culpabilidad que realmente ya ha acumulado.

Jesús se refiere a lo que ha recibido el nombre de perdón durante más de

dos milenios por la tradición Judeo-Cristiana, perdonando a otros por las

cosas terribles que han hecho. Muchos Judíos dijeron después de la Segunda Guerra Mundial: "Perdonaremos, pero nunca olvidaremos". En otras palabras, a pesar del derramamiento de sangre, a través de la bondad

de su corazón y de la madurez espiritual, estos santos perdonan.

Semejante

perdón se basa en haber hecho realidad primero los pecados de los atacantes, y Jesús nos pide que consideremos cómo eso podría ser el perdón

cuando los cuerpos han sido martirizados por el pecado de otro.

Además, la

inteligencia del ego refuerza la culpa de los pecadores "perdonados" debido

a que el sufrimiento continuo de la víctima demuestra que los agresores no

merecen ser perdonados.

(II.2:1-3) Los que no han sanado no pueden perdonar. Pues son los testigos de que el perdón es injusto. Prefieren conservar las consecuencias de la culpabilidad que no reconocen.

¿Cómo es posible el perdón mientras persista la culpa? Nuestra culpa reprimida debe proyectarse en un intento mal-adaptativo de hacer que otros

sientan la culpa que hemos tratado de negar. Al no haber sanado de la culpa,

no podemos evitar usar nuestro sufrimiento como testimonio condenatorio del pecado de otra persona, haciendo que el perdón esté totalmente injustificado.

(II.2:4-10) No obstante, nadie puede perdonar un pecado que considere real. Y lo que tiene consecuencias tiene que ser real porque lo que ha hecho está ahí a la vista. El perdón no es piedad, la cual no hace sino tratar de perdonar lo que cree que es verdad. No se puede devolver bondad por maldad, pues el perdón no establece primero que el pecado sea real para luego perdonarlo. Nadie que esté hablando en serio diría: "Hermano, me has herido. Sin embargo, puesto que de los dos yo soy el mejor, te perdono por el dolor que me has ocasionado". Perdonarle y seguir sintiendo dolor es imposible, pues ambas cosas no pueden coexistir. Una niega a la otra y hace que sea falsa. El perdón es imposible mientras el pecado sea percibido, el cual debe ser el caso mientras creamos que estamos separados, habiendo destruido el Cielo y crucificado al Hijo de Dios. Esta creencia oculta nos impulsa a pasar por alto lo que ya hemos hecho real en nosotros mismos y en los demás, siendo este último reforzado por nuestra miseria y dolor. El perdón del Espíritu Santo, sin embargo, muestra que el pecado de alguien contra nosotros no tuvo ningún efecto, reflejando que la separación del Hijo de Su Fuente nunca ocurrió. Él permanece para siempre tal como Dios lo creó - uno. Como leímos anteriormente: "... no se perdió ni una sola nota del himno Celestial" (T-26.V.5:4). Dado ese feliz hecho, que el sistema de pensamiento del ego no puede ser real, lo demostramos al no dar poder al ataque para cambiar nuestro amor. Tal bondad en respuesta a un aparente pecado realmente lo perdona.

(II.3) Ser testigo del pecado y, al mismo tiempo, perdonarlo es una paradoja que la razón no puede concebir. Pues afirma que lo que se te

ha hecho no merece perdón. Y si lo concedes, eres clemente con tu hermano, pero conservas la prueba de que él no es realmente inocente.

Los enfermos siguen siendo acusadores. No pueden perdonar a sus hermanos, ni perdonarse a sí mismos. Nadie sobre quien el verdadero perdón descansa puede sufrir, pues ya no exhibe la prueba del pecado ante los ojos de su hermano. Por lo tanto, debe haberlo pasado por alto y haberlo eliminado de su propia vista. El perdón no puede ser para uno y no para el otro. El que perdona se cura. Y en su curación radica la prueba de que ha perdonado verdaderamente y de que no guarda traza alguna de condenación que todavía pudiese utilizar contra sí mismo o contra cualquier cosa viviente.

El ego tiene dos formas de lidiar con el pecado. Una es que lo castigemos

directamente, sintiéndonos justificados porque actuamos en defensa propia,

demonstrando que somos inocentes y que los otros son culpables. La segunda, más sutil y por lo tanto más insidiosa, es que pretendemos perdonar, tal vez incluso pensando conscientemente que lo hacemos.

Sin

embargo, simplemente mostramos a los demás lo que nos han hecho – “Los

enfermos siguen siendo acusadores” – y solo entonces les concederemos

amablemente nuestro perdón a ellos. De ese modo hacemos que su pecado

sea real y luego lo pasamos por alto. Una vez más, esto es imposible porque

¿cómo podemos hacer algo real y luego decir que no lo hemos visto?

Sabemos que lo hemos hecho porque demostramos constantemente a las

personas lo que han hecho para herirnos a nosotros o a otros. En otras palabras, hemos perdonado solo para destruirlos al tener nuestros pecados

descansando sobre sus hombros culpables, asegurándonos de que ellos

pierdan y nosotros ganemos. De hecho, nos traemos dolor a nosotros mismos atacando a otro por nuestro pecado. Siendo el Hijo de Dios uno,

debemos ser destruidos también: si el ataque es para uno, es para todos.

Asimismo, el perdón es para todos, y nuestra indefensión atestigua que no ocurrió ningún pecado porque no hubo efectos. El Hijo de Dios no puede sufrir, excepto en sueños. Para concluir, no podemos atacar o perdonar a otro sin incluirnos a nosotros mismos y a toda la Filiación en el pensamiento que hicimos por primera vez real en nuestras mentes correctas o erradas: la proyección da lugar a la percepción.

Los siguientes tres párrafos, que abren "Más allá de todo símbolo", reflejan la locura del sistema de pensamiento dualista del ego que pretende ser un verdadero sustituto de la unidad de la creación:

(III.1) El poder no puede oponerse a nada. Pues ello lo debilitaría, y la idea de un poder debilitado es una contradicción intrínseca. Una fuerza débil es algo que no tiene sentido, y si el poder se utiliza con el propósito de debilitar, se está utilizando para limitar. Por lo tanto, no puede sino ser limitado y débil, ya que ése es su propósito. Para ser lo que es, el poder no puede tener opuestos. Ninguna debilidad puede adentrarse en él sin convertirlo en algo que no es. Debilitar es limitar e imponer un opuesto que contradice al concepto que ataca. Y ello añade al concepto algo que es ajeno a él, y lo hace ininteligible. ¿Quién podría entender conceptos tan contradictorios como "un poder-débil" o "un amor-odioso"?

El corazón del sistema de pensamiento del ego es la oposición, porque el Hijo separado nació en el loco instante en que creyó que se había opuesto con éxito a su Fuente. A partir de ese momento, su propio ser fue uno de oposición, el cual dio lugar a un mundo en el que toda "cosa viviente" sobrevive al oponerse con éxito a través de los objetos de amor y odio especial que necesita para estar satisfecho. La vida en el sueño significa

oposición, y cuanto más poderoso es el individuo, más exitosas son sus relaciones especiales de canibalismo y triunfo. De hecho, el doble pensamiento Orwelliano del ego niega precisamente lo que afirma: el odio

disfrazado de amor nunca puede ser amor, y el poder dualista de dominación no es el poder del amor todo-inclusivo, reflejado aquí en el reconocimiento de los intereses compartidos que unen a la Filiación como

una. Solo la Unidad de Cristo es la verdad, la cual es su fuerza, mientras

que la separación es para siempre la mentira, el hogar de la debilidad, el

ataque y la pérdida.

(III.2) Has decidido hacer de tu hermano el símbolo de un “amorodioso”, de un “poder-débil”, pero sobre todo de una “muerteviviente”. Y así, él no significa nada para ti, pues representa algo que

no tiene sentido. Representa un pensamiento que se compone de dos partes, en la que una de ellas anula a la otra. Sin embargo, la mitad que

fue anulada contradice de inmediato a la otra, de modo que ambas desaparecen. Y ahora él no representa nada. Los símbolos que no representan otra cosa que ideas inexistentes no pueden sino representar

la vacuidad y la nada. Sin embargo, la vacuidad y la nada no pueden ser una interferencia. Lo que puede interferir en la conciencia de la realidad es la creencia de que hay algo en ellas.

En ninguna parte se ve más claramente la locura del sistema de pensamiento dualista de oposición del ego que en sus relaciones especiales.

El Hijo de Dios no es visto como Cristo – Su Unidad se refleja en la inherente igualdad dentro de la ilusión – sino como un cuerpo, diseñado

para satisfacer las exigentes necesidades del odio especial de que él sea el

objeto de nuestra culpa proyectada. Los socios especiales son vistos como

egos, símbolos de odio, debilidad y muerte, mientras pretendemos que sus

cuerpos representen el amor, la fuerza y la vida. Solo un loco podría creer esto, y todavía lo creemos. Nuestro propio yo se basa en la mentira de que hemos reemplazado la Totalidad de Dios con la nada del ego, viendo algo donde no hay nada.

(III.3) La imagen de tu hermano que ves no significa nada. No hay nada en ella que atacar o negar, amar u odiar, dotar de poder o considerar débil. La imagen ha sido completamente obliterada porque era el símbolo de una contradicción que anulaba al pensamiento que representaba. Por lo tanto, la imagen no tiene causa en absoluto. ¿Quién puede percibir efectos sin causa? ¿Qué puede ser aquello que carece de causa, sino la nada? La imagen de tu hermano que tú ves jamás ha estado ahí ni jamás ha existido. Deja, pues, que el espacio vacío que ocupa se reconozca como vacante, y que el tiempo que se haya dedicado a verla se perciba como un tiempo desperdiciado en vano, un intervalo de tiempo en blanco.

Volvemos al tema de causa y efecto. El ego es simplemente el loco intento de establecer su nada como algo, lo que significa que lo que surge de él también debe ser un loco intento de establecer su nada como algo: la locura de intentar suplantar al Todo del Cielo. Dado que la nada inherente del ego es la causa, sus efectos (el mundo de los cuerpos especiales) también deben ser nada. Reconocer este vacío intrínseco nos permite no tomarnos en serio los delirios y alucinaciones del ego; es decir, no tienen poder para afectar la paz del Hijo de Dios. En este bendito reconocimiento, todas las proyecciones especiales se desvanecen, y el elegir el instante santo le permite a Jesús entrar y restaurar la cordura a nuestras perturbadas mentes.

Las imágenes de odiosa debilidad deben ceder paso forzosamente a las imágenes de amorosa fuerza, ya que el Hijo de Dios recuerda que es el Hijo

de Dios.

(IV.1:1-6) En la quietud todas las cosas reciben respuesta y todo problema queda resuelto serena-mente. Pero en medio del conflicto no puede haber respuesta ni se puede resolver nada, pues su propósito es asegurarse de que no haya solución y de que ninguna respuesta sea simple. Ningún problema puede resolverse dentro del conflicto, pues se

le ve de diferentes maneras. Y lo que sería una solución desde un punto

de vista, no lo es desde otro. Tú estás en conflicto. Por lo tanto, es evidente que no puedes resolver nada en absoluto, pues los efectos del

conflicto no son parciales.

Dado que el ego teme que el tomador de decisiones elija la respuesta de la

Expiación y el recuerdo de Dios, el cual sólo puede encontrarse en la quietud del perdón, se protege manteniendo al Hijo en un continuo estado

de conflicto. Recuerda: "El recuerdo de Dios aflora en la mente que está

serena (T-23.I.1:1)". Estamos continuamente luchando con nuestro yo proyectado, percibido como externo a la mente. Como la culpa de este ser

permanece desconocida para nosotros, siempre está siendo expulsada, dando lugar a la experiencia de estar en una guerra perpetua con el mundo.

Toda esta complejidad es el plan muy simple del ego para mantenernos

buscando respuestas multitudinarias en su mundo de multiplicidad, razón

por la cual nunca buscamos ni encontramos la única respuesta de la mente

(Expiación) al único problema de la mente errada (separación).

Continuando con la enseñanza de "La callada respuesta", aprendemos que

las preguntas del mundo no son preguntas en absoluto, siendo declaraciones

que son "una forma de propaganda" en sí mismas (T-27.IV.5:3). Las preguntas se basan en la premisa de que el mundo es real e incomprensible

para el interrogador, el cual busca una explicación. En consecuencia, la pregunta da fe de la realidad del mundo separado, lo que lleva a Jesús a

decir:

(IV.3:8) El mundo no hace preguntas con la intención de que sean contestadas, sino sólo para reiterar su propio punto de vista.

De ahí la pregunta del niño: "¿Cómo surgió el mundo, Papá?" Incluso si la

pregunta cosmogónica si se les pregunta a nuestros más grandes físicos,

sigue siendo una declaración que afirma el universo material. De nuevo,

esta no es una pregunta legítima porque sus palabras son una declaración en

apoyo del punto de vista del mundo (es decir, del ego) de que la separación

es un hecho y que exige una explicación.

(IV.4:1-2) Todas las preguntas que se hacen en este mundo no son realmente preguntas, sino tan sólo una manera de ver las cosas.

Ninguna pregunta que se haga con odio puede ser contestada porque de

por sí ya es una respuesta.

Las preguntas reflejan el mirar con los ojos del odio, nacidas del odio a Dios que dice: "Yo puedo crear mejor que Tú. Quiero y puedo existir fuera

de Ti". Todo lo que sigue a este pensamiento original es una sombra de ese

odio, razón por la cual el mundo es un lugar tan despiadado y cruel, debido

a la creencia de que así actuamos con Dios. Nuestras preguntas sobre el ego

proporcionan una respuesta al ego, y ocultan la significativa respuesta de la

Expiación que negaría las mismas preguntas. La verdad es una, y no puede

ser conocida al cuestionar sino a través de la aceptación, como leemos al

final del libro de ejercicios: "Lo único que nos concierne ahora es dar la bienvenida a la verdad" (L-pII.14.3:7).

(IV.4:3-17) Una pregunta que se compone de dos partes, pregunta y

responde simultáneamente, y ambas cosas dan testimonio de lo mismo aunque en forma diferente. El mundo tan sólo hace una pregunta y es ésta: "De todas estas ilusiones, ¿cuál es verdad? ¿Cuáles inspiran paz y ofrecen dicha? ¿Y cuáles pueden ayudarte a escapar de todo el dolor del que este mundo se compone?" Independientemente de la forma que adopte la pregunta, su propósito es siempre el mismo: pregunta para establecer que el pecado es real, y las contestaciones que te ofrece requieren que expreses tus preferencias. "¿Qué pecado prefieres? Éste es el que debes elegir. Los otros no son verdad. ¿Qué quieres que te consiga el cuerpo que tú deseas por encima de todas las cosas? Él es tu siervo y también tu amigo. Dile simplemente lo que quieres y te servirá amorosa y diligentemente". Esto no es una pregunta, pues te dice lo que quieres y adonde debes ir para encontrarlo. No da lugar a que sus creencias se puedan poner en tela de juicio. Lo único que hace es exponer lo que afirma en forma de pregunta. Las preguntas no solo reflejan el odio del ego, sino también su premisa fundamental de que el pecado es real. Independientemente de la forma de la pregunta – el contenido es: "¿Qué pecado prefieres?" – el sistema de pensamiento del ego se declara válido, protegido para siempre de que su existencia sea cuestionada de manera significativa. El cuerpo es el objeto principal de su preocupación porque sostiene la existencia de la mente de forma segura en las bóvedas del olvido. Sin embargo, cuando examinamos el ego a través de los ojos de mentalidad-correcta de la razón, reconocemos que la pregunta es tanto pregunta y respuesta ("Una pregunta que se compone de dos partes"), y que ya no deseamos preguntar. Esto deja espacio en nuestras mentes para la única pregunta que realmente se puede hacer: "¿Y deseo ver aquello que negué porque es la verdad?" (T21.VII.5:14). Y felizmente por fin respondemos "sí". (IV.5:1-5) Una pseudo-pregunta carece de respuesta, pues dicta la

respuesta al mismo tiempo que hace la pregunta. Toda pregunta que se hace en el mundo es, por lo tanto, una forma de propaganda a favor de éste. De la misma manera en que los testigos del cuerpo son sus propios sentidos, así también las respuestas a las preguntas que el mundo hace están implícitas en las preguntas. Cuando la respuesta es lo mismo que la pregunta, no aporta nada nuevo ni se aprende nada de ella. Este, entonces, es el mundo de los cuerpos: "una forma de propaganda a favor de éste", porque cualquier cosa que hagamos aquí fundamenta el pensamiento de separación. La propaganda es siempre falsa, siendo el intento de convencer a otros de las mentiras que sirven al propósito del propagandista. Esto es cierto tanto para los estados nacionales como para los individuos, porque es la estrategia del ego para que el Hijo crea sus mentiras de separación y especialismo. Todos nosotros, ponemos "la cara de inocencia" (T-31.V.2:6), y seguimos fabricando el mundo y buscando establecer su realidad a través de cuestionarlo. No obstante, estas preguntas no pueden escapar de su fuente y simplemente afirman el punto de vista de que la sepa-ración es real y presente. Su propaganda exige que el mundo explique su propia cosmogonía y cosmología (origen y naturaleza), la ilusión explicándose a sí misma. Habiendo completado nuestra discusión sobre el funcionamiento del ego, nos dirigimos al Espíritu Santo y Su corrección del perdón. Hemos visto el horrible retrato de la crucifixión que nos presentamos el uno al otro el cual establece la culpa del otro a través de nuestro sufrimiento, culminando en el

castigo. Moviéndonos suavemente a través de nuestros engaños, Jesús nos asegura que no nos sacará directamente de la odiada y espantosa imagen de la nada a la Totalidad. Primero la sustituye con una imagen más amable, el perdón, el cual es el tema inmediato de "Más allá de todo símbolo", la siguiente sección del texto que se considerará.

Perdón.

(III.4:7-8) El verdadero des-hacimiento, no obstante, tiene que ser benévolo. Por lo tanto, la primera imagen que reemplaza a la tuya, es otra clase de imagen.

Antes de que lleguemos al estado más allá de todas las imágenes o símbolos, necesitamos una imagen más suave, una que muestre a los demás

que no hemos sido heridos. Es una imagen del cuerpo tranquilo, pero benévolo, ya que no contiene acusaciones de pecado.

(III.5:1-2) De la misma manera en que la nada no puede ser representada, tampoco existe un símbolo que represente a la totalidad. La realidad, en última instancia, sólo se puede conocer libre de cualquier forma, sin imágenes que la representen y sin ser vista. Esta verdad es nuestro miedo, ya que, si al principio hubiésemos elegido

escuchar la Voz del Espíritu Santo, habríamos desaparecido rápidamente en

el Corazón que nunca abandonamos. Huimos de esta conciencia porque nos

identificamos con la idea de la existencia individual. Entonces, en este punto, la realidad se convirtió en una amenaza porque su perfecta Unicidad

no tenía lugar para un ser especial, la imagen de la separación. Como nuestro querido ser sigue aterrorizado por el Amor de Dios, se necesitan

pasos intermedios. Estos son los amables símbolos o los sueños felices de

perdón del Espíritu Santo.

(III.5:3-5) El perdón aún no se reconoce como un poder completamente exento de límites. Sin embargo, no fija ninguno de los límites que tú has

decidido imponer. El perdón es el medio que representa a la verdad

temporalmente.

A pesar de estar dentro del sueño, el perdón no refuerza el sueño del pecado, sino que lo corrige o lo deshace. No es la verdad, aunque su bondad

refleja la amorosa realidad de la verdad. Por tanto, si la verdad es la unidad,

su reflejo es el propósito del perdón que todos compartimos. El único problema de la culpa de la mente y su única solución de perdón, trascienden

nuestras diferencias corporales y nos hace iguales.

(III.5:6-9) Le permite al Espíritu Santo llevar a cabo un intercambio de imágenes, mientras los recursos de aprendizaje aún tengan sentido y el

aprendizaje no haya concluido. Ningún recurso de aprendizaje es útil una vez que se alcanza el objetivo del aprendizaje, pues entonces deja de tener utilidad. Pero durante el aprendizaje se utiliza de una manera que ahora temes, pero que llegarás a amar.

Nuestro objetivo de aprendizaje ahora es el cambio de propósito que le damos al cuerpo. En lugar de ser un instrumento para reforzar la culpa, la

separación y el especialismo, el cuerpo se convierte en el vehículo para

devolver nuestra atención a la mente que lo fabricó. Es el medio, en última

instancia, para deshacerse a sí mismo junto con el sistema de pensamiento

de culpa que es su fuente. Temiendo este cambio porque no queremos perder nuestro ser, nos aferramos a él, culpando a otro por nuestro miserable estado. El perdón deshace esta locura al enseñar que nuestro ser

separado puede existir en el mundo sin estar en desacuerdo con él. Ya no

vemos a los demás como enemigos, sino como amigos que comparten la

necesidad común de volver a casa.

En los pasajes que siguen, vemos con gratitud la respuesta del Espíritu Santo al siniestro tema musical del ego: "Mírame hermano, por tu culpa

muero".

(I.5:1-2) Ahora el Espíritu Santo deposita, en las manos que mediante

su contacto con Él se han vuelto mansas, una imagen de ti muy diferente. Sigue siendo la imagen de un cuerpo, pues lo que realmente eres no se puede ver ni imaginar.

Lo que realmente somos infunde terror en nuestros corazones, por lo que

necesitamos pasos suaves que nos permitan poco a poco dejar ir el propósito que le hemos dado al cuerpo. Necesitamos estos pequeños pasos

porque sin ellos pensaremos que estamos a un paso del Cielo, si no en el

Cielo mismo, cuando todo lo que realmente hemos hecho es negar los pensamientos de separación, pecado y odio llenos de culpa de la mente.

Antes de que podamos saber realmente, no intelectual sino experimentalmente, que no somos cuerpos que viven en un mundo onírico

inexistente, debemos retener nuestra identificación corporal, aunque de

manera diferente; demasiado miedo todavía acecha dentro como para que

pensemos somos incorpóreos. Recuerda que fabricamos el cuerpo para protegernos del supuesto terror en nuestras mentes, pero bajo la amable

tutela de Jesús, el propósito del cuerpo pasa de la culpa al perdón.

(I.5:3) No obstante, esta imagen no se ha usado para atacar, y, por lo tanto, jamás ha experimentado sufrimiento alguno.

El dolor no debe equipararse con síntomas externos, sino con el dolor de la

culpa que proviene del uso de la mente errada de la enfermedad corporal

para atacar. Mientras tengamos dolor físico o psicológico, Jesús quiere que

usemos cualquier magia que lo alivie (ver. T-2.IV.4); después de todo, el

suyo es un curso de milagros, no de masoquismo. Hasta que sepamos verdaderamente que no somos cuerpos, algunas formas de dolor son inevitables. Adoptar una actitud cuasi espiritual que niega el sufrimiento

claramente experimentado no ayuda a nadie, siendo “una forma de negación

particularmente inútil" (T-2.IV.3:11). De hecho, esta negación refuerza el sistema de pensamiento el ego en lugar de deshacerlo, al haber hecho que su culpa sea real y temible antes de negarla. En cambio, el enfoque debería estar en liberar el propósito que cumple nuestro cuerpo enfermo y victimizado. Esto significa que no le pedimos a Jesús que sane el cuerpo, sino que nos ayude a cambiar el propósito que nuestra mente le dio, el cual nos hizo señalar con un dedo acusador que decía: "Mírame hermano, por tu culpa muero".

(I.5:4-8) [la imagen del cuerpo que tiene el Espíritu Santo] Da testimonio de la eterna verdad de que nada te puede herir, y apunta más allá de sí misma hacia tu inocencia y la de tu hermano. Muéstrale esto, y él se dará cuenta de que toda herida ha sanado y que todas las lágrimas han sido enjugadas felizmente y con amor. Y tu hermano contemplará su propio perdón allí, y con ojos que han sanado mirará más allá de la imagen hacia la inocencia que ve en ti. He aquí la prueba

de que nunca pecó; de que nada de lo que su locura le ordenó hacer jamás ocurrió ni tuvo efectos de ninguna clase; de que ningún reproche

que haya albergado en su corazón estuvo jamás justificado y de que ningún ataque podrías jamás hacerle sentir el venenoso e inexorable aguijón del temor.

Se nos pide que nos mostremos unos a otros que nuestros pecados no tuvieron efecto: que el amor y la paz que existían antes del "ataque" no ha

cambiado. Una vez más, Jesús no habla de nada externo, sino sólo de la

actitud de la mentalidad-correcta que ve a los Hijos de Dios como iguales.

El perdón deshace la causa que era el pecado, al demostrar que sus efectos

son inexistentes. Sin el resultado del sufrimiento, el pecado no puede existir, y es nuestra indefensión la que da testimonio de la inocencia de otro.

Este argumento, el cual depende del reconocimiento de que somos mentes y

no cuerpos, regresa a continuación, y nuevamente en el próximo capítulo.

(I.6:1-2) Sé un testigo de su inocencia y no de su culpabilidad. Tu curación es su consuelo y su salud porque demuestra que las ilusiones no son reales.

Esto se refiere a nuestro cambio de propósito. No negamos nuestro cuerpo

sufriente o que alguien lo haya herido, sino que tratamos de ver cómo el ego

se deleita con el dolor, usándolo como un medio para acusar a otro de nuestro pecado secreto. La mente correcta reconoce y libera la percepción

ilusoria de que el ataque fue contra nosotros, porque la verdad es que fue

una mera proyección de la culpabilidad del atacante. Del mismo modo, cualquier acusación que podamos hacer refleja la proyección de nuestra

culpa. Este reconocimiento conduce a la siguiente comprensión: sin proyección, no hay culpa; sin culpa, solo hay inocencia y amor. Y así es que

nuestro indefenso perdón refleja el mensaje sanador de la Expiación para

que todos lo vean y acepten.

(I.9:1) Tu función consiste en mostrarle a tu hermano que el pecado carece de causa.

Ya hemos visto lo que hace el ego con causa y efecto: el pecado es la causa,

el sufrimiento el efecto. Queremos que este efecto se manifieste para poder

decirle a otro: "¡Mira lo que me has hecho!" Por este ataque, el sufrimiento

se convierte en efecto del pecado ajeno, la causa que justifica el castigo.

Para curar esta locura, Jesús nos pide que nos mostremos unos a otros que

el pecado no tiene efectos. Si podemos demostrar que no hemos sido heridos, a pesar de nuestro estado corporal de dolor, no estamos haciendo

acusaciones de pecado sino enseñando que los "pecados" contra nosotros no han cambiado nuestro amor. Si el pecado no tiene efecto, no puede ser una causa, y si no es una causa, no puede existir. Todo debe ser una causa o un efecto de algo, y al demostrar que los ataques no nos han cambiado, les enseñamos que no son pecados sino solo errores. Así es como se perdonan los pecados.

El perdón de los pecados es el mensaje principal de Un Curso de Milagros, algo similar a la declaración bíblica de poner la otra mejilla (Mateo 5:39), lo que no significa que permitamos ser golpeados masoquis-tamente dos veces, o incluso una vez. La referencia no es al comportamiento externo, sino a una actitud de indefensión o cambio de propósito de la mente. Una vez más, nada en el Curso nos diría que no establezcamos límites a la capacidad de una persona de crear falsamente – infligir daño físico o psicológico – sino que lo hacemos con una amabilidad no punitiva. Necesitamos reconocer que el propósito del ego para las relaciones se refleja en nuestro deseo de ser atacados y tratados injustamente, ya que esto justifica el ver nuestros pecados en otro. Nuestro sufrimiento, para repetir este punto esencial, se convierte en el efecto del pecado de esa persona, porque ahora ha demostrado ser real y merecedor de castigo. El perdón cambia este propósito de dar testimonio de los pecados de otro, volviéndonos "impecables", para darnos cuenta de que podemos enseñar y aprender que el pecado no ha tenido ningún efecto y, por lo tanto, no existe:

el Hijo de Dios es siempre y para siempre Su Hijo inocente.
(I.9:2-10) ¡Cuán fútil tiene que ser verte a ti mismo como la prueba

fehaciente de que lo que tu función es, jamás tendrá lugar! La imagen que te ofrece el Espíritu Santo no convierte al cuerpo en algo que éste no es. Lo único que hace es purificarlo de todo vestigio de acusación y reproche. Al representársele como algo carente de propósito, no se le puede considerar ni enfermo ni saludable, ni bueno ni malo. No da lugar a que se le pueda juzgar en modo alguno. No tiene vida, pero tampoco está muerto. Cualquier experiencia de amor o de miedo le es ajena. Pues ahora no da testimonio de nada, al no tener ningún propósito y al encontrarse la mente libre otra vez para determinar cuál debe ser su propósito. Ahora el cuerpo no está condenado, sino en espera de que se le confiera un propósito de modo que pueda llevar a cabo la función que se le encomiende.

Cuando retiramos el propósito del ego para el cuerpo – la acusación a través

del sufrimiento – esperamos a que se le dé el propósito del Espíritu Santo.

Después de que el ego fabricó el cuerpo para que limitara el amor (T18.VIII.1:1-4) éste se volvió neutral, sirviendo al objetivo de perpetuar la

ilusión de limitación o al propósito de deshacerla a través del perdón, devolviéndonos la conciencia de la ilimitación del Hijo de Dios. No le pasa

nada al cuerpo cuando elegimos un Maestro diferente; sólo se desaparecen

las proyecciones ilusorias de la mente. El cuerpo, entonces, puede verse

como la nada que es, ya que nuestra inversión en ser tratados injustamente

ha sido reconocida y rechazada. Liberado de la carga de culpa proyectada

por la mente, el cuerpo se transforma en la imagen de la inocencia. Sin pecado ni culpa que proyectar, la mente es libre para elegir el reflejo de la

impecabilidad de Cristo como su única identidad.

(I.10:1-2) En este espacio vacío, del que el objetivo del pecado ha sido erradicado, se puede recordar el Cielo. Ahora su paz puede descender hasta aquí y la perfecta curación reemplazar a la muerte.

Recuerda la hermosa sección “El lugar que el pecado dejó vacante” (T26.IV). El pecado es solo un propósito, y cuando lo quitamos de la mente

hay un lugar vacante que permite que el propósito del Espíritu Santo ocupe ese lugar. Como el sistema de pensamiento de muerte del ego es una defensa contra el pensamiento de Expiación, cuando retiramos la creencia de la mente errada, hacemos espacio para la mente correcta, la Presencia del Espíritu Santo, para recordarnos que la separación nunca sucedió. Este cambio de propósito cumple nuestra función de elegir el principio de curación del deshacer: paz en lugar de guerra, vida en lugar de muerte.

(I.10:3-7) El cuerpo puede convertirse en un símbolo de vida, en una promesa de redención y en un hábito de inmortalidad para aquellos que están cansados de respirar el fétido hedor de la muerte. Deja que su propósito sea sanar. De esta manera, pregonará el mensaje que recibió y, mediante su salud y belleza, proclamará la verdad y el valor de lo que representa. Deja que reciba el poder de representar la vida eterna, por siempre a salvo del ataque. Y deja que su mensaje para tu hermano sea: "Contéplame hermano, gracias a ti vivo".

Una vez más, Jesús no está hablando de comportamiento, sino de nuestro reconocimiento del odioso propósito del ego para las relaciones: convertir a otros en chivos expiatorios de nuestro pecado. Si podemos demostrar cuánto hemos sufrido en la mano de otro, hemos presentado el caso del ego de que el pecado y la proyección son reales y están justificados. Jesús nos pide que miremos este propósito y llevemos sus ilusiones a su verdad. Nuestra relación con él no es para hacernos sentir bien como tales, sino para ayudarnos a ver que nuestros pensamientos de ataque nos hacen daño. Él habla a "aquellos que están cansados de respirar el fétido hedor de la muerte", con la esperanza de proporcionar la motivación para dejar que estos tenebrosos pensamientos de odio se vayan. Mirando a través de los

ojos de Jesús, aprendemos felizmente a ver de otra manera. Retirando el

propósito que le hemos dado al cuerpo, dejamos espacio para que su propósito amoroso sea el nuestro propio. Todo lo que hacemos ahora refleja

esta declaración de sanación, la única alegría que el mundo puede ofrecer

son los medios para conocer que nuestros pecados son perdonados: "Contéplame hermano, gracias a ti vivo".

(I.11) La manera más fácil de dejar que esto se logre es simplemente ésta: no permitas que el cuerpo tenga ningún propósito procedente del pasado, cuando estabas seguro de que sabías que su propósito era fomentar la culpabilidad. Pues esto – afirma tu imagen enfermiza – es un símbolo duradero de lo que el cuerpo representa. Y ello impide que se le pueda conferir una perspectiva diferente, un propósito distinto. Tú no sabes cuál es su propósito. No hiciste sino darle la ilusión de un propósito a una cosa que concebiste para ocultar de ti mismo tu función. Esta cosa sin propósito no puede ocultar la función que el Espíritu Santo te encomendó. Deja, pues, que el propósito del cuerpo y tu función se reconcilien finalmente y se consideren la misma cosa. Ten en cuenta cuántas veces aparece el propósito en este párrafo, lo que

refleja su importancia temática en nuestra sinfonía. Todo lo que tenemos

que hacer es pedir la ayuda de Jesús para ver el propósito lleno de culpa que

le hemos dado a nuestras relaciones especiales y lo infelices que nos ha

hecho. Esto nos impulsará a dejarlo ir y hacer espacio para su propósito,

que es devolvernos a nuestra función de perdón aquí, y nuestra función de

creación en el Cielo. Jesús les pide a sus alumnos que dejen de lado las distracciones especiales del mundo y se concentren en la mente tomadora

de decisiones: el lugar de los dos propósitos, de los cuales uno solo es verdadero.

(II.4:1-5) El perdón no es real a menos que os brinde curación a tu hermano y a ti. Debes dar testimonio de que sus pecados no tienen efecto alguno sobre ti, y demostrar así que no son reales. ¿De qué otra

manera podría ser él inocente? ¿Y cómo podría estar justificada su inocencia a menos que sus pecados careciesen de los efectos que confirmarían su culpabilidad? Los pecados están más allá del perdón simplemente porque entrañarían efectos que no podrían cancelarse ni pasarse por alto completamente.

Jesús vuelve a expresar el principio de que el perdón no puede ser para uno

y no para el otro. Esto corrige el perdón-para-destruir, que dice: "Te perdono, pero nunca olvidaré tu terrible pecado". La versión distorsionada

del perdón del ego se basa en la creencia de que las diferencias son reales.

Estamos siendo enseñados por Jesús para darnos cuenta de que el "terrible

pecado" provino del miedo que refleja el nuestro, y sabemos que el miedo

es el resultado de creer que somos cuerpos. Necesitamos darnos cuenta de

que las aparentes diferencias en la forma entre los Hijos de Dios desmienten

la similitud subyacente del contenido de miedo de la mente, nuestra herencia "natural" como hijos de la culpa. Sin embargo, dado que el miedo

es irreal, al igual que el pecado y la culpa que lo causaron, también lo es el

mundo que surgió de ellos: las ilusiones engendran ilusiones; las causas

irreales sólo tienen efectos irreales.

(II.5) Un cuerpo enfermo demuestra que la mente no ha sanado. Un milagro de curación prueba que la separación no tiene efectos. Creerás en aquello que le quieras probar a tu hermano. El poder de tu testimonio procede de tus creencias. Y todo lo que dices, haces o piensas

no hace sino dar testimonio de lo que le enseñas a él. Tu cuerpo puede ser el medio para demostrar que nunca ha sufrido por causa de él. Y al sanar puede ofrecerle un mudo testimonio de su inocencia. Este testimonio es el que puede hablar con más elocuencia que mil lenguas juntas, pues le prueba que ha sido perdonado.

La frase "mudo testimonio" refleja que no necesitamos hacer ni decir nada.

El amor y la paz que es el contenido del perdón habla a través de nosotros,
y así, nuestros socios especiales entienden que no han hecho nada pecaminoso. Nuestra indefensión ante un aparente ataque nos enseña que no se ha hecho nada para justificar la culpa. El Amor de Dios no se ve afectado en absoluto por el miedo, lo que significa que no hay nada que perdonar. De este modo aprendemos a perdonar nuestra propia creencia en el pecado, que requería presentar un cuerpo enfermo como testimonio de la realidad de nuestra proyección. Ahora estamos sanados del propósito del ego para la enfermedad, y nuestros hermanos junto con nosotros. La oscuridad de la culpa es reemplazada por la luz del perdón que es nuestro cambio de propósito. Como en uno de los poemas donde Helen le dice a Jesús: "La luz alrededor de Tú cabeza debe hablar por mí" (The Gifts of God, p. 82). Y felizmente lo hace, en un mudo testimonio, de que su amor brilla en todos los Hijos como uno.

(II.6:1) Un milagro no le puede ofrecer menos a él de lo que te ha dado a ti.

Vuelve el tema de la igualdad inherente del Hijo de Dios. Si somos sanados, otros sanan; si ellos están sanados, nosotros también. No puede ser que seamos diferentes, que algo le pase a uno y no al otro. Por el contrario, si atacamos, somos atacados. El milagro sana porque somos uno: una culpa, un perdón; un problema, una solución.

(II.6:2-3) De esta manera, tu curación demuestra que tu mente ha sanado y que ha perdonado lo que tu hermano no hizo. Y así, él se convence de que jamás perdió su inocencia y sana junto contigo. Como un solo Hijo, sufrimos la misma horrible pesadilla de creer que

matamos a Dios y crucificamos a Su Hijo. Todos necesitamos ayuda porque compartimos la misma locura, así como la necesidad de despertar de ella, siendo este el único propósito del mundo. Habiendo fabricado el mundo para atacar el Amor de Dios al establecer un mundo de amor especial, ahora vamos adentro y le pedimos a Jesús que nos ayude a cambiar el propósito de nuestra mente para la soñante Filiación. El mundo, entonces, adquiere un significado diferente que le ha dado la razón: inocencia en lugar de pecado, curación en lugar de ataque y muerte.

(II.6:4-11) El milagro deshace de este modo todas las cosas que, según el mundo, jamás podrían deshacerse. Y la desesperanza y la muerte no pueden sino desaparecer ante el ancestral clarín que llama a la vida. Esta llamada es mucho más poderosa que las débiles y miserables súplicas de la muerte y la culpabilidad. La ancestral llamada que el Padre le hace a Su Hijo, y el Hijo a los suyos, será la última trompeta que el mundo jamás oirá. Hermano, la muerte no existe. Y aprenderás esto cuando tu único deseo sea mostrarle a tu hermano que él jamás te

hirió. Él cree que tiene las manos manchadas de tu sangre, y, por lo tanto, que está condenado. Mas se te ha concedido poder mostrarle, mediante tu curación, que su culpabilidad no es sino la trama de un sueño absurdo.

El ego y su mundo horrible nos dicen que el pecado es irremediable, como

leemos en el manual para el maestro, haciéndose eco del estado mental

atormentado de Lady Macbeth (Macbeth V,i): "... lo que pasó es irreversible. La mancha de sangre no se puede quitar, y todo el que lleva

esta mancha sobre sí está condenado a morir" (M-17.7:12-13). Cada uno de

nosotros lleva dentro esta mancha indeleble de pecado, y estamos convencidos de que la proyección es el único escape, en el que condenamos

a otro por nuestra percepción de pecaminosidad. Esto, felizmente para el ego, refuerza nuestro sentido del pecado a medida que nuestros juicios continúan separándonos de los Hijos de Dios. Sin embargo, hay otra elección que podemos hacer, porque nuestras mentes divididas contienen otra Voz. Este Llamado de Expiación ha estado presente desde el principio, el cual es ahora. Y entonces elegimos de nuevo: escuchar la Voz de la Vida, no el llamado a la muerte. El último toque de clarín de la Expiación, que recuerda a la famosa referencia de San Pablo (1 Co 15:52), es todo lo que escuchamos, y la estridente llamada del ego a la muerte se deja atrás suavemente. El Llamado del Espíritu Santo que hemos aceptado resuena a lo largo de la Filiación, y al demostrar sus efectos llenos de paz en nuestros amores y odios especiales, los reforzamos en nosotros mismos. Nuestra curación es la del mundo, y la función especial del perdón se consuma en una luz resplandeciente que disuelve el sueño, cuya insensatez desaparece en su propia nada.

(II.7:1-6) ¡Cuán justos son los milagros! Pues os otorgan a ti y a tu hermano el mismo regalo de absoluta liberación de la culpabilidad. Tu curación os evita el dolor a ti y a él, y sanas porque le deseaste el bien. Ésta es la ley que el milagro obedece: la curación no ve diferencias en absoluto. No procede de la compasión, sino del amor. Y el amor quiere probar que todo sufrimiento no es sino una vaga imaginación, un absurdo deseo sin consecuencia alguna.

Es importante comprender que lo anterior no es cierto dentro del sueño; solo cuando estemos por encima del campo de batalla, fuera de los sueños de odio del ego, se puede percibir el sufrimiento como una ilusión, al igual

que todas las ilusiones. Esta es la perspectiva del instante santo, el mundo visto a través de una visión en la que las cosas no son lo que parecen – diferentes y especiales. La verdadera curación no es el especialismo, porque no diferencia un problema o persona de otra; por ejemplo, alguien con un don sanador y otro que lo necesita. Todos tenemos el mismo don de curación porque la curación es el cambio de mentalidad que se produce cuando pedimos la ayuda de Jesús. De manera similar, todos tenemos la misma necesidad de ser sanados. Las aparentes diferencias en la forma no significan nada, porque compartimos el mismo contenido de amor o miedo.

Si pensamos lo contrario, estamos atrapados en el especialismo espiritual de hacer que las diferencias sean reales, lo que significa que hemos hecho real el pecado. Esta percepción errónea refuerza el sueño del ego en el que alguien percibido como diferente a nosotros necesita sufrir a causa de nuestro pecado.

(II.8:1-7) El “costo” de tu serenidad es la suya. Éste es el “precio” que el Espíritu Santo y el mundo interpretan de manera diferente. El mundo lo percibe como una afirmación del “hecho” de que con tu salvación se sacrifica la suya. El Espíritu Santo sabe que tu curación da testimonio de la suya y de que no puede hallarse aparte de ella en absoluto. Mientras tu hermano consienta sufrir, tú no podrás sanar. Mas tú le puedes mostrar que su sufrimiento no tiene ningún propósito ni causa alguna. Muéstrale que has sanado, y él no consentirá sufrir por más tiempo.

La igualdad de la Filiación, que refleja la unidad de la mente dividida, significa que el principio del ego de uno u otro es mentira. No es cierto que la salvación signifique que otros sean sacrificados en lugar de nosotros.

Mejor dicho, si buscamos castigar a otro por nuestro pecado, ambos sufrimos. Del mismo modo, si buscamos la visión en lugar del juicio, no

vemos pecados sino solo errores que deben corregirse. La curación abarca a

todos los Hijos de Dios, de lo contrario, no es sanación sino sanación-paraseparar (S-3.III.2:1).

La repetición del verbo consentir en las frases finales es importante. El sufrimiento no es algo que nos pasa, sino que es una elección que hace la

mente para preservar su yo separado a expensas de otro. Pero si una persona

demuestra un sistema de pensamiento diferente, inocencia en lugar de pecado, podemos inspirarnos para elegir la risa suave de Jesús en lugar de

lágrimas:

(II.8:8-9) Pues su inocencia habrá quedado clara ante sus propios ojos y ante los tuyos. Y la risa reemplazará a vuestros lamentos, pues el Hijo

de Dios habrá recordado que él es el Hijo de Dios.

Ser el Hijo de Dios significa ser el único Hijo de Dios, lo que significa que

la Filiación se percibe como un todo. Ver las diferencias como reales rompe

nuestra unidad y re-crucifica al Hijo de Dios en una cruz de pecado y culpa.

El recordar reírnos de la diminuta y alocada idea elimina nuestra desesperanza y desespe-ración, y el recuerdo del Ser alborea silenciosamente en nuestra mente perdonada.

(II.10:1-5) Tu función no es corregir. La función de corregir le corresponde a Uno que conoce la justicia, no la culpabilidad. Si asumes el papel de corrector, ya no puedes llevar a cabo la función de perdonar. Nadie puede perdonar hasta que aprende que corregir es tan sólo perdonar, nunca acusar. Por tu cuenta, no podrás percatarte de que son lo mismo, y de que, por lo tanto, no es a ti a quien

corresponde

corregir.

Vuelve otro tema familiar: nuestra "pequeña dosis de buena voluntad" que

permite que el Espíritu Santo cumpla Su función. La nuestra es elegir el perdón; y su extensión a través de nosotros – es decir, la corrección – no es

nuestra preocupación. Esto significa que nuestras mentes tomadoras de decisiones deben elegir en contra del ego y su juicio, no en favor del Espíritu Santo. Nos dirigimos a Él solo para compartir Su percepción de la tontería del pensamiento de separación, reconociendo que no tiene poder para cambiar al Hijo de Dios. Lo que necesita corrección es solo la creencia errónea de que ese cambio es real, no el cambio ilusorio en sí mismo. (II.12) La corrección que tú quisieras llevar a cabo no puede sino causar separación, ya que ésta es la función que tú le otorgaste. Cuando percibas que la corrección es lo mismo que el perdón, sabrás también que la Mente del Espíritu Santo y la tuya son una. Y de esta manera, habrás hallado tu propia Identidad. No obstante, Él tiene que operar con lo que se le da, y tú sólo le permites ocupar la mitad de tu mente. Y así, Él representa la otra mitad, y parece tener un propósito diferente de aquel que tú abrigas y crees que es el tuyo. De este modo, tu función parece estar dividida, con una de sus mitades en oposición a la otra. Esas dos mitades parecen representar la separación de un ser que se percibe dividido en dos. Este difícil párrafo describe nuestra mente dividida y la locura de creer en la mitad que corresponde a la mentalidad-errada. El Espíritu Santo representa nuestro ser de mentalidad-correcta que contiene la Expiación, el sanador principio de corrección que re-une la mente separada del unificado Hijo de Dios. El perdón es el medio de sanación (o corrección), porque perdona lo que nunca sucedió - ontológicamente y dentro de nuestros sueños diarios, ya que son uno. El Hijo de Dios permanece perfectamente íntegro y unido dentro del Cristo Que es Él Mismo, a pesar de la pesadilla de separación y

odio del ego.

Volviendo a este importante pasaje, leemos:

(II.13:2-6) De la idea de que el ser se compone de dos partes, surge necesariamente el punto de vista de que su función está dividida entre las dos. Pero lo que quieres corregir es solamente la mitad del error, que tú crees que es todo el error. Los pecados de tu hermano se convierten, de este modo, en el blanco central de la corrección, no vaya

a ser que tus errores y los suyos se vean como el mismo error. Los tuyos

son equivocaciones, pero los suyos son pecados y, por ende, no son como los tuyos. Los suyos merecen castigo, mientras que los tuyos, si vamos a ser justos, deberían pasarse por alto.

Una vez que creemos que estamos separados y somos pecadores, es esencial para la supervivencia del ego que nos escindamos del pecado, poniéndolo fuera de nuestro yo separado, proyectándolo sobre otro. En nuestra locura creemos en la realidad de las diferencias – un Hijo es pecador y merecedor de castigo; el otro, simplemente se equivocó y es impecable – y olvidando la verdad de la igualdad inherente del amado Hijo

de Dios.

(II.14) De acuerdo con esta interpretación de lo que significa corregir no podrás ver tus propios errores. Pues habrás trasladado el blanco de la corrección fuera de ti mismo, sobre uno que no puede ser parte de ti mientras esa percepción perdure. Aquel al que se condena jamás puede

volver a formar parte del que lo acusa, quien lo odiaba y todavía lo sigue odiando por ser un símbolo de su propio miedo. He aquí a tu hermano, el blanco de tu odio, quien no es digno de formar parte de ti, y es, por lo tanto, algo externo a ti: la otra mitad, la que se repudia. Y sólo lo que se deja privado de su presencia se percibe como lo que tú eres. El Espíritu Santo tiene que representar esta otra mitad hasta que tú reconozcas que es la otra mitad. Y Él hace esto asignándoos a ti y a tu hermano la misma función y no una diferente.

Después de nuestra creencia de que nos habíamos separado con éxito de

nuestra Fuente, dividimos nuestras mentes separadas en seres de mentalidad-errada y de mentalidad-correcta. Separándonos del Espíritu Santo, nos identificamos solo con el ego, manteniendo su sistema de

pensamiento del pecado. Finalmente, dejamos la mente misma y fabricamos un mundo de cuerpos en el que conservamos la creencia en el pecado, pero lo vemos en otros. Atacamos continuamente esta parte despreciada de nuestro yo en nuestros objetos especiales de odio, tratando de mantener la ilusión de plenitud a expensas de los odios percibidos como fuera de nosotros. A esta locura el Espíritu Santo trae Su sano recordatorio que los Hijos de Dios son iguales, no diferentes. Él enseña que la creencia en el pecado debe compartirse por igual, como lo es la creencia corregida de la Expiación, la cual es nuestra única función dentro de la ilusión. Su Presencia sanadora deshace la escisión del ego de la verdad, y la Totalidad del Hijo de Dios vuelve a la conciencia a través de la aceptación de la suave corrección del perdón.

(II.15) Corregir es la función que se os ha dado a ambos, pero no a ninguno de vosotros por separado. Y cuando la lleváis a cabo reconociendo que es una función que compartís, no puede sino corregir los errores de ambos. No puede dejar errores sin corregir en uno y liberar al otro. Eso sería un propósito dividido, que, por lo tanto, no se podría compartir. Y así no puede ser el objetivo en el que el Espíritu Santo ve el Suyo Propio. Y puedes estar seguro de que Él no llevará a cabo una función que no vea y reconozca como Propia. Pues sólo así puede Él mantener la vuestra intacta, a pesar de vuestros diferentes puntos de vistas con respecto a lo que es vuestra función. Si Él apoyase una función dividida, estaríais ciertamente perdidos. La incapacidad del Espíritu Santo de ver Su objetivo dividido y como algo distinto para cada uno de vosotros, te impide ser consciente de una función que no es la tuya. De esta manera, la curación se os concede a los dos. Una y otra vez Jesús nos recuerda la igualdad inherente de nuestra función común (el perdón) que corrige nuestro problema común (la decisión de la

mente por la culpa). Sus recordatorios son su respuesta a nuestro pedido de ayuda cuando estamos molestos, por cualquier motivo. Como nos dice en el libro de ejercicios, "Es cierto que no parece que todo pesar no sea más que una falta de perdón" (L-pl.193.4:1), la angustia proveniente de sostener el sistema de pensamiento de separación del ego: uno u otro. En otras palabras, dado que solo hay un problema y una respuesta, lo que se percibe en uno debe percibirse en todos – un juicio, una curación – porque las mentes están unidas, siendo indivisas e indiferenciadas entre sí. Pasamos ahora a una parte de "La callada respuesta" que resume el instante santo cuando, fuera del tiempo y del espacio, elegimos al Espíritu Santo en lugar del ego.

(IV.1:7-2:3) No obstante, si Dios dio una solución, de alguna manera tus problemas tienen que haberse resuelto, pues lo que Su Voluntad dispone ya se ha realizado.

Por eso es por lo que el tiempo no tiene nada que ver con la solución de ningún problema, ya que cualquiera de ellos puede ser resuelto ahora mismo. Y es por eso también por lo que, en tu estado mental, ninguna solución es posible. Dios tiene que haberte dado, por lo tanto, una manera de alcanzar otro estado mental en el que se encuentra la solución.

A pesar de la aparente enormidad de nuestros problemas, o de su gran número, todos se resuelven de la misma manera: la mente tomadora de decisiones corrige su decisión previa por el ego, eligiendo ahora escuchar la Respuesta de la Expiación. Dado que la separación nunca sucedió en realidad, su aniquilación simplemente espera el cambio de propósito de intereses separados a intereses compartidos en el instante santo, al "alcanzar otro estado mental".

(IV.2:4-3:3) Tal es el instante santo. Ahí es donde debes llevar y dejar todos tus problemas. Ahí es donde les corresponde estar, pues ahí se encuentra su solución. Y si su solución se encuentra ahí, el problema tiene que ser simple y fácil de resolver. No tiene objeto tratar de resolver un problema donde es imposible que se encuentre su solución.

Mas es igualmente seguro que se resolverá si se lleva donde se encuentra la solución.

No intentes resolver ningún problema excepto desde la seguridad del instante santo. Pues ahí el problema sí tiene solución y queda resuelto. Fuera de él no habrá solución, pues fuera de él no puede hallarse respuesta alguna.

El instante santo deshace la estrategia del ego porque dentro de él nos damos cuenta de que nuestro único problema es la decisión de la mente por

el ego, la cual él nunca ha querido que veamos. Buscando que neguemos

que una vez hicimos tal elección, el ego fabricó un sueño en el que voluntariamente elegimos abandonar la mente y creer en un mundo en el

que existen multitud de problemas "reales". Cuando cayó el velo del olvido

y nos olvidamos que incluso teníamos una mente, no teníamos más remedio

que buscar en el mundo respuestas a estos problemas, un proceso que el

Curso llama "magia". Siendo la máxima del ego, busca, pero no halles, los

problemas del mundo nunca se ven por la cortina de humo que son, porque

el problema real de la elección de la mente de identificarse con el ser pecador del ego nunca se ve. Como con-secuencia, no se reconoce su origen, y nuestros problemas aquí nunca podrán ser resueltos de verdad. De

nuevo, la causa del sufrimiento no es más que la creencia de la mente tomadora de decisiones en la culpa, la cual es preservada por nuestro buscar

respuestas donde no se pueden hallar – busca, pero no halles.

(IV.7:1) No trates, por lo tanto, de solventar problemas en un mundo del que se ha excluido la solución.

Todos intentamos resolver problemas "en un mundo del que se ha excluido la solución". Si realmente queríamos paz, felicidad y amor, podríamos tenerlos simplemente eligiendo ser de mentalidad-correcta y perdonando a todas las personas, todo el tiempo. Sin embargo, está claro que no queremos esto; de lo contrario, no estaríamos en nuestros cuerpos separados y separantes. Lamentablemente, continuamos buscando la paz, el amor y felicidad en el mundo, pero nunca tendremos éxito porque solo una parodia – el mundo de relaciones especiales del ego – existe aquí, frustrando el deseo de la parte cuerda de nuestras mentes de regresar a casa. (IV.7:2-5) Lleva más bien el problema al único lugar en el que se halla la respuesta y en el que se te ofrece amorosamente. En él se encuentran las respuestas que solventarán tus problemas, pues no forman parte de ellos y toman en cuenta lo que puede ser contestado: lo que la pregunta realmente es. Las respuestas que el mundo ofrece no hacen sino suscitar otra pregunta, si bien dejan la primera sin contestar. En el instante santo puedes llevar la pregunta a la respuesta que fue formulada expresa-mente para ti. Llevando la pregunta a la respuesta (la ilusión a la verdad) y recibiendo la que fue formulada para nosotros, se deshace la estrategia del ego. El perdón lleva el problema proyectado en el mundo a la mente que lo concibió para que podamos elegir de nuevo. En el lado derecho del gráfico encontramos un arco que representa el milagro que nos devuelve a la mente, invirtiendo el arco de proyección del ego que nos llevó al mundo, impidiendo nuestra aceptación de la Expiación. Este tema de nuestra única función, tarea o parte en el "plan" del Espíritu Santo continúa en "El ejemplo de la

curación":

(V.1:1-2) La única manera de curarse es curando. El milagro se extiende sin tu ayuda, pero tú eres esencial para que pueda dar comienzo.

La oración 2 expresa un principio importante que hemos visto y veremos de nuevo. No se nos pide que salvemos el mundo o que hagamos cualquier cosa aquí, sino solo que pidamos ayuda para que la mente se cure a través de perdón; lo que sigue no es de nuestra incumbencia. A medida que se permite que el milagro se extienda desde la mente correcta, nuestras vidas reflejan naturalmente el amor que se ha liberado. Si su reflejo mundano se convierte en nuestro foco, sabemos que el especialismo ha regresado y nuestras vidas una vez más se convierten en un campo de batalla de culpa.

Nuestra función es pedirle ayuda a Jesús para mirar el sistema de pensamiento del ego, y con su amor a nuestro lado levantar el velo de negación y exponer el propósito de ataque del ego a la suave luz de la verdad.

(V.1:3-12) Acepta el milagro de curación y se extenderá por razón de lo que es. Su naturaleza es extenderse desde el instante en el que nace. Y

nace en el instante en que se ofrece y se recibe. Nadie puede pedirle a otro que sane. Pero puede permitirse a sí mismo ser sanado, y así ofrecerle al otro lo que él ha recibido. ¿Quién podría ofrecer a otro lo que él mismo no tiene? ¿Y quién podría compartir lo que se niega a sí mismo? El Espíritu Santo te habla a ti, no a otra persona. Y al tú escucharle, Su Voz se extiende porque has aceptado lo que Él dice. Si realmente quiero ayudarte, primero tengo que ser sanado. El amor sanador que acepto alejándome del odio del ego se extenderá para ofrecerte

el testimonio de tu mente correcta. Este amor indefenso te ayudará a darte cuenta de la elección significativa que puedes hacer, como lo hice yo al

elegir el instante santo. Jesús no está pidiéndonos que hagamos nada más,
ni que sanemos a otros o al mundo, porque ¿cómo podemos sanar un mundo de personas separadas que no existen? Nuestro único enfoque debería ser pedirle ayuda para sanar la mente, mirando la elección equivocada que sacrificó nuestra felicidad y paz. Cuando estemos lo suficientemente asqueados del "fétido hedor de la muerte", estaremos motivados a elegir la razón de nuestro hermano mayor en lugar de la locura del ego. En palabras más que familiares para nosotros en esta etapa de nuestro viaje, la única responsabilidad de cada Hijo separado es aceptar la Expiación para sí mismo. En verdad hay un solo Hijo, pero mientras tenemos la ilusión de muchos, necesitamos un perdón específico por nuestras percepciones erróneas de los demás y de nosotros mismos. La curación que aceptamos de Jesús fluirá entonces a través de la mente del único Hijo de Dios, porque cuando me curo no soy el único que se cura (Lpl.137). (V.2:8-14) Lo único que se requiere para que se efectúe una curación es que no haya miedo. Los temerosos no se han curado, por lo tanto, no pueden curar. Esto no quiere decir que para que puedas curar tenga que haber desaparecido el conflicto de tu mente para siempre. Pues si así fuese, no habría entonces necesidad de curación. Mas sí quiere decir que, aunque sólo sea por un instante, tienes que amar sin atacar. Un instante es suficiente. Los milagros no están circunscriptos al tiempo. No se nos pide que estemos perfectamente sanados, solo que lo deseemos. Este deseo ocurre cuando somos capaces, aunque sea solo por un instante, de suspender la identificación con el miedo. En ese instante santo, el milagro de la curación está completo, y aunque podemos optar por negarlo en el siguiente instante – nuestras mentes eligiendo el miedo en lugar del amor – la curación aguarda el regreso que es tan seguro como Dios.

Recuerda la línea, "El amor espera la bienvenida, pero no en el tiempo ..."

(T-13.VII.9:7).

(V.3) El instante santo es la morada de los milagros. Desde allí, cada uno de ellos viene a este mundo como testigo de un estado mental que

ha trascendido el conflicto y ha alcanzado la paz. El instante santo lleva

el consuelo de la paz al campo de batalla, demostrando así que la guerra no tiene efectos. Pues todo el dolor que la guerra ha tratado de ocasionar, los cuerpos despedazados y los miembros mutilados, los moribundos gimientes y los muertos silenciosos, son dulcemente elevados y consolados.

Como siempre, Jesús no habla del mundo material, sino del sistema de pensamiento mental del pecado, el odio, y el sufrimiento. El sistema delirante de separación del ego desaparece en el instante santo cuando la

mente elige el perdón y la paz como su propósito en lugar del conflicto y la

muerte. Nuestra decisión por la mentalidad-correcta ilumina el ensangrentado mundo de las tinieblas - mente y cuerpo ("dentro y fuera por

igual" [The Gifts of God, p.73]) - cuando la luz sanadora del amor viene para bendecir a los muertos y consolar a los moribundos, recordándoles la

verdadera buena noticia de que los sueños no tienen ningún efecto sobre la realidad.

(V.4) Allí donde un milagro ha venido a sanar no hay tristeza. Y lo único que se requiere para que todo esto ocurra es un instante de tu amor sin traza alguna de ataque. En ese instante sanas, y en ese mismo

instante se consuma toda curación. ¿Qué podría estar separado de ti, una vez que has aceptado la bendición que el instante santo brinda? No

tengas miedo de bendecir, pues Aquel que te bendice ama al mundo y no deja nada en él que pueda ser motivo de miedo. Pero si te niegas a dar tu bendición, el mundo te parecerá ciertamente temible, pues le habrás negado su paz y su consuelo, y lo habrás condenado a la muerte.

No se nos pide más que una pequeña voluntad para elegir el amor en lugar del ataque, ya que en esa voluntad se encuentra la salvación. Independientemente de la situación o de la angustia que puedan sentir los cuerpos, el milagro del instante santo de la mente limpia toda tristeza y dolor. El mundo moribundo puede que no cambie, pero en nuestra percepción sanada lo que fue hecho para maldecir ahora contiene la bendición del perdón. ¿Y dónde está el miedo cuando ha llegado el amor?

(V.6:1-7:2) Ven al instante santo y sé curado, pues nada de lo que recibes en él se olvida cuando regresas al mundo. Y al haber sido bendecido, traerás bendiciones contigo. Se te da vida para que la impartas al mundo moribundo. Y los ojos dolientes ya no acusarán, sino que brillarán con agradecimiento hacia ti que los bendijiste. El fulgor del instante santo iluminará tus ojos y les dará visión para que puedan ver la faz de Cristo más allá del sufrimiento. La curación reemplaza al sufrimiento. El que ve uno de ellos no puede percibir el otro, pues ambos no pueden estar presentes a la vez. Y el mundo será testigo de lo que veas, y dará testimonio de ello.

Así pues, lo único que el mundo requiere para poder sanar es tu curación. Sólo necesita una lección que se haya aprendido perfectamente.

La única lección es que todos los problemas son iguales (la decisión de la

mente por la muerte), y cada uno tiene la misma curación (la decisión de la

mente por la vida). Jesús nos está ayudando a volver a nuestra mente correcta, "la majestuosa calma interna" (T-18.I.8:2) donde recuperamos la

cordura. Con la esperanza de un cambio significativo al fin, devolvemos

nuestra atención al mundo desesperado mientras la maldición del ego, llevada a la bendición del instante santo, se desvanece suavemente cuando

el Hijo de Dios nace de nuevo. En su curación está el mundo: la plenitud de

la mente reemplazando la ausencia de la mente, el milagro es elegido en

lugar de la magia, y la inocencia del rostro de Cristo resplandece sin velos

para deshacer la culpa del dormido Hijo de Dios, con todo el sufrimiento

borrado de sus cansados ojos.

(V.7:3-7) Y de esta manera, cuando tú la olvides, el mundo te recordará dulcemente lo que le enseñaste. Debido a su agradecimiento, no dejará

de prestarte apoyo a ti que te dejaste curar para que él pudiese vivir.

Invocará a sus testigos para mostrarte la faz de Cristo a ti que les trajiste la visión, gracias a la cual la presenciaron. El mundo de acusación es reemplazado por otro en el que todos los ojos se vuelven amorosamente hacia el Amigo que les trajo su liberación. Y tu hermano percibirá felizmente los muchos amigos que antes consideraba enemigos.

Incluso cuando los pensamientos de miedo sustituyen al amor que trae el

perdón, queda el recuerdo siempre presente que aguarda nuestra elección de

la mentalidad-correcta. Como la proyección (extensión) da lugar a la percepción, esta memoria continúa recordándonos una decisión diferente

que podemos tomar cuando miramos hacia el mundo, tentados de abrazar a

los aliados del ego de la culpa y el juicio. Sin embargo, el rostro de Cristo

nunca está muy lejos de nuestra vista, y su suave resplandor infunde nuestra

visión mientras contemplamos un mundo de amigos, no de enemigos, y

vemos un interés compartido no por algunos o muchos, sino por todos.

(V.8:1-8) Aunque los problemas no son concretos, se manifiestan en formas concretas, y son estas formas concretas las que configuran el mundo. Nadie entiende la naturaleza de su problema, pues, de lo contrario, ya no estaría ahí para que él lo pudiese ver. La naturaleza misma del problema es que no es un problema. Por lo tanto, mientras él

lo perciba, no lo podrá percibir tal como es. La curación, en cambio, es evidente en situaciones concretas y se generaliza para incluirlas a todas.

Esto se debe a que todas ellas son realmente la misma situación, a pesar de sus diferentes formas. La finalidad de todo aprendizaje es la transferencia, la cual se consume cuando dos situaciones distintas se ven cómo lo mismo, ya que lo único que se puede encontrar en ellas son elementos comunes.

Como hemos comentado anteriormente, no ver el problema de la culpa de la mente es lo que la mantiene intacta. Al estar cegados, percibimos problemas en el mundo, donde no los hay, y de una fuerza tan multitudinaria que cualquier solución significativa está más allá del reconocimiento. Solo cuando reconocemos que todo problema es el mismo, la decisión de la única mente en favor del único ego, entendemos por qué no hay grados de dificultad en los milagros: un milagro de curación sirve para todos.

La enseñanza central de Un Curso de Milagros se expresa en estas oraciones anteriores, similar a la discusión de Jesús en la Introducción del libro de ejercicios. La generalización, o transferencia del entrenamiento, es la forma en que realmente aprendemos. No es posible en el mundo limitado del tiempo y el espacio perdonar a todas y cada una de las situaciones o relaciones, pero a través de nuestra práctica diaria del perdón, cambiando el propósito de la mente en algunas instancias, nuestro aprendizaje se generalizará. Por eso, si perdonamos a una persona totalmente, las hemos perdonado a todas, porque el mundo de los diferenciadores aspectos específicos se generaliza en nuestra visión para convertirse en el mundo perdonado del propósito común.

(V.8:9-11; 10:1) Esto, no obstante, sólo lo puede lograr Uno que no ve las diferencias que tú ves. No eres tú quien lleva a cabo la transferencia de lo que has aprendido. Pero el hecho de que dicha transferencia ya se

haya llevado a cabo, a pesar de todas las diferencias que ves, te convence de que esas diferencias no podían ser reales. ... Deja, pues, la transferencia de tu aprendizaje en manos de Aquel que realmente entiende sus leyes y que se asegurará de que permanezcan invioladas e ilimitadas.

Nuestro propósito diario es pedir ayuda cada vez que nos damos cuenta de nuestras necesidades de amor y odio especial. Cómo la sanación se extiende dentro de la mente para abarcar a otras mentes no debería ser nuestra preocupación, ya que esta extensión está más allá de nuestra capacidad de comprensión. Además, esta visión solo nos asustaría, porque la extensión del amor descansa en la naturaleza ilusoria del cuerpo y en la supremacía de la mente que disolvería el ser especial. El pedir la ayuda de Jesús cada vez que aparece un pensamiento de especialismo, en cualquier forma, detendría nuestras grandiosas fantasías de curación personal o mundial, o nuestras vidas de abismal fracaso, y centraría la atención sólo en la corrección de la mente. El programa de estudios de un año del libro de ejercicios nos enseña a mirar específicamente en nuestros pensamientos con el Espíritu Santo, el requisito previo para aprender que el mundo de las diferencias percibidas oculta la similitud subyacente de las mentes correcta y errada del Hijo. (V.10:2-7) Tu papel consiste simplemente en aplicarte a ti mismo lo que Él te ha enseñado; el resto corre por Su cuenta. Así es como los innumerables testigos de tu aprendizaje te probarán el poder de éste. El primer testigo que verás será a tu hermano, pero tras él habrá miles, y tras cada uno de éstos mil más. Puede que cada uno de ellos parezca

tener un problema distinto del de los demás. Mas todos se resolverán al

unísono. Y su común resolución demostrará que las preguntas no podían haber sido distintas.

El perdón es como un juego de dominó. Cuando perdonamos totalmente

cualquier relación especial, las otras caen naturalmente y experimentaremos

el amor a nuestro alrededor, no necesariamente porque las personas son más

amorosas, sino porque nosotros lo somos. El odio de la mente habrá desaparecido, al haber sido eliminado por Jesús cuando lo llevamos a su

amor sanador. Esto nos enseña que solo hay un problema (culpa y odio) y

una respuesta (perdón y amor). ¡Cuán simple, entonces, es la salvación del

pecado! Al perdonar verdaderamente a una persona, las perdonamos a todas, y, por lo tanto, aprendemos que nuestros pecados son perdonados: la

separación del amor se produjo sólo en un sueño de separación, del que

ahora despertamos felizmente.

(V.11) ¡Qué la paz sea contigo a quien se ofrece curación!

Comprenderás que se te da paz cuando aceptas la curación. No necesitas ser consciente de toda su valía para entender que te has beneficiado de ella. Lo que ocurrió en aquel instante en que el amor entró sin traza alguna de ataque, permanecerá contigo para siempre. Tu curación, como la de tu hermano, será uno de sus efectos.

Dondequiera que vayas contemplarás sus múltiples efectos. Todos los testigos que contemples, no obstante, serán sólo una fracción de los que

realmente existen. La infinitud no se puede entender contando todas sus partes separadas. Dios te da las gracias por tu curación, pues Él sabe que es un regalo de amor para Su Hijo, y, por lo tanto, un regalo que se le hace a Él.

Esta es la razón por la que Jesús continuamente nos dice que su proceder es

simple. El mundo de la multiplicidad no necesita ser sanado, sino sólo

nuestras mentes individuales. La angustia surge de la decisión de creer en la culpa por la separación; la paz surge de decidir por el perdón de lo que nunca sucedió. Cuando la paz sea restaurada a nuestra mente, se extenderá para abrazar la mente del único Hijo, incluso mientras sueña con mundos individuales. El error de fragmentación se disuelve en el único error de separación, dando paso suavemente al recuerdo de la perfecta unidad del amor. Cuando nuestros ojos se abren, las partes individuales de la Filiación desaparecen en su plenitud natural, escuchando gozosamente a Dios dar gracias por el regreso del Hijo a Su Hijo.

(VI.5:10) Un milagro, no obstante, no habla en nombre propio, sino sólo en nombre de lo que representa.

Al principio de esta sección, Jesús dice que le tememos a los testigos de la muerte, la enfermedad y el sufrimiento porque apuntan al pecado. Sin embargo, el milagro también es un testigo de la Expiación, la inocencia y la vida eterna. La elección es nuestra.

(VI.6:1-5) El amor, asimismo, tiene símbolos en el mundo del pecado. El milagro perdona porque representa lo que yace más allá del perdón, lo cual es verdad. ¡Cuán absurdo y demente es pensar que un milagro puede estar limitado por las mismas leyes que vino exclusivamente a abolir! Las leyes del pecado tienen diferentes testigos, y cada uno de ellos tiene diferentes puntos fuertes. Y estos testigos dan testimonio de diferentes clases de sufrimiento.

El milagro es una ilusión, pero al devolverle el sueño al soñador, nos permite mirar más allá del sistema de pensamiento del ego hacia la luz interior, reflejando el resplandeciente Amor de nuestro Creador. Esta luz de Expiación, que es la corrección de la creencia ilusoria en el pecado, es la fuente del milagro que corrige todo sufrimiento. Independientemente de las innumerables formas y aparentes causas de dolor, el milagro cura al

simplemente invertir la única decisión equivocada de la mente.
(VI.6:6-11) No obstante, para Aquel que envía los milagros a fin de bendecir el mundo, una leve punzada de dolor, un pequeño placer mundano o la agonía de la muerte, no son sino el mismo estribillo: una petición de curación, una llamada de socorro en un mundo de sufrimiento. De esa similitud es de lo que el milagro da testimonio. Esta similitud es lo que prueba. Las leyes que consideraban que todas estas cosas eran diferentes, son abolidas, lo cual demuestra su impotencia. El propósito del milagro es lograr esto. Y Dios Mismo ha garantizado el poder de los milagros por razón de lo que atestiguan. Todo lo que se ve a través de la visión es igual. Vemos cómo el primer principio de los milagros atraviesa nuestra sinfonía como un leitmotiv. Es la

clave que deshace el ego y la clave para la curación del Espíritu Santo. Como todas las expresiones de culpa son iguales, también lo es su deshacimiento: un problema, una solución. Las leyes de separación y proyección del ego son sumariamente descartadas por el milagro, la perfecta Unidad del Cielo expresada en la tierra.

(VI.7) Sé, pues, un testigo del milagro, y no uno de las leyes del pecado.

No hay necesidad de que sigas sufriendo. Pero sí de que sanes, ya que el

sufrimiento y la angustia del mundo han hecho que éste sea sordo a su propia necesidad de salvación y liberación.

Este es el perenne llamamiento de Jesús para nosotros: ¿Por qué seguir sufriendo cuando puedes elegir tan fácilmente lo contrario? El mundo – la

imagen proyectada de la culpa del Hijo – necesita el milagro, porque si la

mente no está sanada, el cansado mundo del tiempo continuará girando

pesadamente (M-1.4:4). El sufrimiento y el dolor ensordecen nuestros oídos

al llamado del Espíritu Santo para que aceptemos la salvación, y las leyes

del pecado siempre parecen ser testigos de la muerte del inocente Hijo de Dios.

(VI.8:1) La resurrección del mundo aguarda hasta que sanes y seas feliz, para que puedas demostrar que el mundo ha sanado.

El mundo se cura cuando nosotros somos curados porque existe solo como una idea en la mente, y las ideas no abandonan su fuente. El mundo que vemos va a cambiar, entonces, no necesariamente en la forma sino en cómo lo miramos. La proyección da lugar a la percepción, y cuando partimos de un lugar en la mente de amor y no de odio, solo podemos percibir el amor o las peticiones de amor. El juicio se vuelve imposible y experimentamos que todas las personas expresan el mismo miedo y dolor, los cuales exigen el remedio universal de la resurrección: el despertar de la mente de su sueño de separación, pecado y muerte.

(VI.8:2-3) El instante santo substituirá todo pecado sólo con que lleves sus efectos contigo. Y nadie elegirá sufrir más.

Como dijo Jesús anteriormente, “no hay necesidad de que sigas sufriendo”

(VI.7:2). El sufrimiento es la necesidad de culpar a otro por nuestro pecado.

Sin embargo, como estamos libres de pecado en el instante santo del perdón, el sufrimiento ya no cumple su propósito y desaparece.

(VI.8:4-6) ¿Qué mejor función que ésta podrías servir? Sana para que así puedas sanar, y evítate el sufrimiento que conllevan las leyes del pecado. Y la verdad te será revelada, por haber elegido que los símbolos del amor ocupen el lugar del pecado.

Vivimos en un mundo de símbolos y nuestra función es elegir si nuestro

mundo reflejará el amor o el pecado, las leyes de la curación o las de la

culpa. La decisión es fácil una vez que vemos las dolorosas consecuencias

de elegir a esta última. En estas dos oraciones siguientes de "El soñador del

sueño", Jesús sucintamente nos dice cómo escapar del sufrimiento:

(VII.2:1-2) Ahora se te está mostrando que sí puedes escapar. Lo único que necesitas hacer es ver el problema tal como es, y no de la manera

en que lo has urdido.

Una vez más, la estrategia del ego se deshace. El ego plantea el problema convenciéndonos de creer en el pecado, el sueño secreto de la mente, y luego parece que los problemas no están en nosotros mismos, sino en el mundo, donde se resolverán mediante la “justicia” del castigo. Sin embargo, cuando le pedimos ayuda a Jesús para ver el problema tal como es, entendemos que fue nuestra elección creer en el sueño secreto, el cual es el problema, no el sueño en sí. Jesús nos enseña que elegimos el sueño para establecer la realidad de nuestra identidad separada, porque el sueño del pecado afirma que la separación realmente sucedió. Nuestro maestro expone el problema como la decisión de la mente de creer en la mentira, y no como lo configuramos mediante la proyección donde la causa del pecado parece estar en el mundo corporal del especialismo – de las mentiras construidas sobre la mentira.

(VII.2:3) ¿Qué otra manera podría haber de resolver un problema que en realidad es muy simple, pero que se ha envuelto en densas nubes de

complicación, concebidas para que el problema siguiera sin resolverse? El sueño secreto del pecado, la culpa y el miedo es complicado; el sueño del

mundo aún más. Nuestro miedo a la simple verdad complica las cosas muy

rápidamente, el propósito subyacente del ego. Para mantener la sencillez del

problema y la solución ocultos, la mente elige creer en el sistema de pensamiento del ego y esta decisión es el problema. Sin embargo, cuando

nos decidimos en favor del Espíritu Santo, encontramos Su sencilla respuesta que atraviesa el miedo hasta la simple verdad de la Expiación.

(VII.2:4-5) Sin las nubes, el problema se vería en toda su elemental

simplicidad. La elección, entonces, no sería difícil porque una vez que el problema se ve claramente, resulta obvio que es absurdo.

Pedir la ayuda de Jesús nos lleva a través de las nubes de la culpa a la mente

tomadora de decisiones, y esta, él nos asegura en otra parte, no es una "vana

fantasía" (L-pl.70.9:4). Es absurdo creer que podríamos ser más felices con

el ego que con él; y es igualmente absurdo creer que podríamos estar alegres fuera del Cielo, o encontrar el amor fuera del Amor.

(VII.2:6) Nadie tiene dificultad alguna en dejar que un problema sencillo sea resuelto si ve que le está haciendo daño y que se puede resolver fácilmente.

Este es el propósito de Jesús para su curso, y la razón por la que dice que no

conocemos la diferencia entre dicha y dolor. Lo que el ego llama dicha es

realmente doloroso porque refuerza la separación. Cuidadosamente, Jesús

nos revela el sistema de pensamiento del ego para que una vez que veamos

claramente que solo es nuestra elección de estar separados y ser especiales

la que nos hace infelices, podemos corregir fácilmente el error pidiendo ayuda al Maestro correcto. El complejo problema luego desaparece en la

simplicidad de nuestra decisión fácilmente corregida: perdón en lugar de

culpa, la dicha de sanar en lugar del sufrimiento.

(VII.5:6-8) Mira, pues, más allá de los efectos. No es en ellos donde radica la causa del sufrimiento y del pecado. No centres tu atención en el sufrimiento ni en el pecado, ya que no son sino reflejos de lo que los causa.

Siempre tenemos que mirar la causa: la creencia de la mente en el pecado.

Sus efectos ineludibles son el sufrimiento y el pecado que percibimos a nuestro alrededor en los cuerpos. Para reiterar, hemos creado los problemas

del mundo para que el problema de la mente de elegir equivocadamente

nunca pueda ser examinado ni corregido.

(VII.6:1) El papel que juegas en el proceso de salvar el mundo de la condenación es la manera en que te escapas tú.

No necesitamos salvar a otros; de hecho, no podemos. Nuestra única necesidad es pedir la ayuda de Jesús para escapar de la decisión equivocada

de la mente por la culpa. A medida que somos sanados de la autocondenación, el pensamiento de Expiación que liberamos salva al mundo, el

cual no era más que la culpa proyectada de la mente cristalizada en la forma.

(VII.6:2-8) Recuerda que el testigo del mundo del mal sólo puede hablar en favor de aquello que vio la necesidad del mal en el mundo. Y ahí es donde contemplaste tu culpabilidad por primera vez. El primer ataque contra ti mismo tuvo lugar cuando te separaste de tu hermano. Y de esto es de lo que el mundo da testimonio. No busques otra causa, ni recurras a las poderosas legiones de sus testigos para deshacerla. Ellos apoyan la fidelidad que la separación te exige. Y a lo que oculta la verdad no es adonde debes dirigirte a fin de encontrar la verdad.

La mente errada tiene la necesidad de ver el mal en el mundo, para que

nunca nos damos cuenta de que está dentro: las ideas no abandonan su

fuerza. La culpa que contemplamos en el exterior es la principal defensa del

ego contra el mirar el ataque original de la mente al Hijo de Dios. El libro

de ejercicios nos dice que "el pensamiento [que no perdona] protege la proyección" (L-pII.1.2:3), y este aparente ataque contra Cristo, el verdadero

Ser, se refleja en nuestros juicios proyectados contra otros, sellados por la

negación para que nunca se puedan deshacer. Inevitablemente buscamos la

verdad en las relaciones especiales donde nunca se podrán encontrar, porque su prístina simplicidad permanece en el pensamiento de la mente

correcta acerca de la Expiación, la cual solo pide ser aceptada. Por lo tanto,

buscar la verdad en el interior es donde seguramente la encontraremos, y esta es nuestra única necesidad. Ante esto, Jesús nos hace preguntarnos ¿por qué constantemente les pedimos a los testigos del ego – pecado, juicio y dolor – que no conocen el camino, que nos conduzcan a la verdad de la curación que fueron hechos para ocultar?

(VII.9:1-4) Ésta es la única imagen que puedes ver, la única opción que tienes ante ti, la otra posible causa, si es que tú no eres el soñador de tus propios sueños. Y esto es lo que eliges cuando niegas que la causa del sufrimiento esté en tu mente. Alégrate de que lo esté, pues de esta manera tu eres el único que puede determinar tu destino en el tiempo. Las únicas alternativas que tienes ante ti son o bien una muerte durmiente y sueños de maldad por una parte, o bien un feliz despertar y la alegría de la vida por otra.

Si queremos la verdad, vamos adentro para ver “aquello que negamos porque es la verdad” (T-21.VII.5:14). La verdad en este contexto es que somos el soñador, no el sueño. El ego, por otro lado, nos hace creer que somos la figura del sueño que sufre a manos de los pecadores malvados. No obstante, la verdadera causa del dolor es la elección equivocada de la mente, por eso el milagro nos aleja suavemente del sueño hacia el soñador, del cuerpo a la mente. Aquí radica nuestra única esperanza, porque ya no estaremos a merced de un mundo que no podemos controlar.

Nosotros, la mente tomadora de decisiones, somos los únicos determinantes de nuestro destino: ¿vivimos en la miseria con el ego y culpamos a los demás, haciéndolos miserables también, o vivimos alegremente en paz porque hemos elegido aprender del Maestro de la paz? Aunque casi nunca tenemos poder sobre el mundo que nos rodea, ciertamente tenemos el control de nuestras mentes. La pesadilla termina con nuestra decisión de dejar que el

amor interior se extienda al mundo dormido, proclamando gozosamente el renacimiento del Hijo de Dios.

(VII.10:1-6) ¿Qué otras alternativas tienes ante ti, sino la vida o la muerte, despertar o dormir, la guerra o la paz, tus sueños o tu realidad? Existe el riesgo de pensar que la muerte te puede brindar paz porque el mundo equipara el cuerpo con el Ser que Dios creó. No obstante, una cosa jamás puede ser su propio opuesto. Y la muerte es lo opuesto a la paz porque es lo opuesto a la vida. Y la vida es paz. Despierta y olvida todos los pensamientos de muerte, y te darás cuenta

de que ya gozas de la paz de Dios.

Recuerda que este es un curso de todo-o-nada, en el que no hay transigencia

entre la verdad y la ilusión, ni entre la vida eterna y la muerte. Este pasaje

es una elaboración del párrafo que comienza "Fuera del Cielo no hay vida"

(T-23.II.19) y la lección del libro de ejercicios "Sólo hay una vida y ésta es

la vida que comparto con Dios" (L-pl.167), donde se enfatiza el mismo punto. Lo que el mundo llama muerte es simplemente un aspecto de la misma ilusión de lo que llama vida. El cuerpo no vive ni muere; simplemente no existe. La creencia de que la paz puede llegar cuando el

sufrimiento del cuerpo termina refuerza la estrategia del ego de la ausencia

de la mente, que afirma la existencia del cuerpo a expensas de la mente

"inexistente". Pero la culpa de la mente, la causa de todo sufrimiento, permanece mientras la decisión en favor de ella no cambie, independientemente de lo que parezca estar sucediendo con el nacimiento,

la vida y la muerte del cuerpo. Solo el despertar del sueño del ego de la

separación nos traerá la paz eterna que buscamos, y que nuestra mente sana

desea por encima de todo lo demás.

(VII.10:7) Sin embargo, si es cierto que realmente puedes elegir [entre la vida y la muerte}, tienes entonces que ver las causas de las cosas entre las que eliges exactamente como son y dónde se encuentran. Si realmente queremos elegir la vida eterna, debemos ver el problema como es y dónde se encuentra: no en el mundo de cuerpos sino en la decisión de la mente por el especialismo y el pecado.

(VIII.5:1-2) ¿Cuán dispuesto estás a escaparte de los efectos de todos los sueños que el mundo jamás haya tenido? ¿Es tu deseo no permitir que ningún sueño parezca ser la causa de lo que haces?

Lo anterior es la culminación de todo lo que hemos comentado en este capítulo: ya no somos víctimas de las figuras oníricas, sino sólo de la decisión de nuestra mente de ser el soñador. Podemos cambiar el sueño que

tenemos, la pesadilla del ego o el sueño feliz del Espíritu Santo, y nuestra

única necesidad es sinceramente responder afirmativamente a la pregunta

de Jesús: "¿Es tu deseo no permitir que ningún sueño parezca ser la causa

de lo que haces? Quizás hoy. ¿Por qué tenemos que esperar un instante más

para dejar que su paz sea nuestra?

(VIII.5:3) Examinemos, pues, el comienzo del sueño, ya que la parte que ves no es sino la segunda parte, cuya causa se encuentra en la primera.

Jesús nos dice que no miremos los efectos ("la segunda parte", el sueño del

mundo), sino la causa ("el comienzo del sueño", el sueño secreto de la mente). Tomando su mano, seguimos el camino de la salvación desde la

ausencia de la mente a la plenitud de la mente y elegimos de nuevo.

(VIII.5:4-10) Nadie que esté dormido y soñando en el mundo recuerda el ataque que se infligió a sí mismo. Nadie cree que realmente hubo un tiempo en el que no sabía nada de cuerpos y en el que no habría podido

concebir que este mundo fuese real. De otro modo, se habría dado cuenta de inmediato de que estas ideas son una mera ilusión, tan ridículas que no sirven para nada, excepto para reírse de ellas. ¡Cuán

serias parecen ser ahora! Y nadie puede recordar aquel entonces cuando habrían sido motivo de risa e incredulidad. Pero lo podemos recordar, sólo con que contemplemos directamente su causa. Y al hacerlo, veremos que son motivo de risa, no de temor.

El tema de la risa ocupa un lugar destacado en las últimas páginas de este

capítulo. Jesús nos recuerda reírnos del instante ontológico en que el ego

nos convenció de elegir su interpretación seria de la diminuta y alocada idea

en lugar de la del Espíritu Santo. En el instante santo, uniéndonos a Jesús,

“veremos que son motivo de risa, no de temor”. Esto es directamente opuesto al plan del ego, y es la razón por la cual fabricó su sueño secreto

del pecado, la culpa y el miedo. El propósito era hacernos huir de la mente

y hacer un mundo en que nos esconderíamos para siempre. El mundo sin

mente se convirtió en una cortina de humo cuyo propósito era ocultar nuestra elección pecaminosa por el ego y su imagen proyectada del cuerpo.

Sin embargo, la risa, lo que significa es que no le damos más poder al mundo sobre la mente, lo cual nos permite volver a elegir. El ego esconde

esta habilidad porque si volviéramos al punto de elección de la mente, miraríamos claramente nuestra decisión previa por la culpa. En lugar de

verlo como una razón para temer el castigo de Dios, nos reiríamos de la

estupidez de tales creencias. Jesús continúa:

(VIII.6:1) Devolvámosle al soñador el sueño del que se desprendió, el cual él percibe como algo que le es ajeno y que se le está haciendo a él.

La proyección nos lleva a creer que podemos invertir la causa y el efecto

(un tema principal del Capítulo 28), lo cual nos impide reconocer que el sueño es simplemente un efecto de la causa que reside en la mente tomadora de decisiones, el soñador del sueño. Como los efectos no

abandonan su causa, sueño y soñador son para siempre uno y no están separados, al contrario de la mentira del ego.

(VIII.6:2) Una diminuta y alocada idea de la que el Hijo de Dios olvidó reírse, se adentró en la eternidad, donde todo es uno. Esto deja en claro que el problema no fue la diminuta y alocada idea de la separación, sino darle la espalda a la risa del Espíritu Santo que nos hubiera permitido no tomarla en serio. Al elegir el ego, le dimos poder a la separación sobre nosotros y la llamamos pecado. Las implicaciones prácticas de esta enseñanza son cruciales. Nuestros problemas nunca son lo que sucede en el mundo, sino solo el haber elegido los ojos del ego para interpretar lo que pasa aquí. El deseo de poner fin al odio, la crueldad y el sufrimiento del mundo debe satisfacerse con nuestro deseo de percibirlos de manera diferente. Si percibimos el mal, lo contrarrestaremos con lo que nosotros llamamos el bien. Esto refuerza los sueños pecaminosos que creemos que son reales en nosotros, pero que ahora existen mágicamente en otros. Sin embargo, el Espíritu Santo nos enseña a ver el pecado y la maldad como expresiones de miedo y peticiones de amor. Identificados con Su visión, todo lo que hagamos o digamos será bondadoso y amoroso, porque habremos recordado reírnos de la estupidez del ego, no solo negando su poder para afectar nuestra paz, sino también negando su existencia misma.

(VIII.6:3-5) A causa de su olvido ese pensamiento se convirtió en una idea seria, capaz de lograr algo, así como de tener efectos reales. Juntos podemos hacer desaparecer ambas cosas riéndonos de ellas, y darnos cuenta de que el tiempo no puede afectar a la eternidad. Es motivo de risa pensar que el tiempo pudiese llegar a circunscribir a la eternidad, cuando lo que ésta significa es que el tiempo no existe.

Tomando en serio la idea de la separación, al rechazar la dulce sonrisa de la

Expiación, creímos que fue lograda en realidad y que tuvo efectos reales –

el universo físico. Unirnos a Jesús significa que compartimos su risa feliz

ante el absurdo pensamiento de que podría pasar lo imposible, que ese instante realmente tomó el lugar de la eternidad.

(VIII.8:3) ¡Cuán infantil es la insolente maniobra de querer defender tu inocencia descargando tu culpabilidad fuera de ti mismo, aunque sin deshacerte de ella!

Esta es la reacción de los mocosos mimados cuando no se salen con la suya.

Todos somos niños muy malcriados que, cuando no conseguimos satisfacer

nuestras necesidades especiales con el Padre, lanzamos la rabieta de la

separación. Esto culminó viendo nuestra culpa en los demás, culpándolos

así por nuestra infelicidad. Sin embargo, todo el tiempo nos mantenemos

culpables, porque la proyección no funciona y nuestro odio a nosotros mismos permanece dentro – las ideas no abandonan su fuente.

(VIII.8:4) No es fácil percibir tal ironía cuando lo que tus ojos ven a tu alrededor son sus graves consecuencias, mas no su frívola causa.

Cuando nos elevamos por encima del campo de batalla nos damos cuenta

de que todo aquí es una tontería, porque ¿cómo podría el mundo de la separación ser real? Pero en el campo de batalla de los cuerpos donde libramos las perennes guerras de especialismo, hemos olvidado que la causa

del mundo es la creencia de la mente en la ilusión. Visto a través de los ojos

del cuerpo, los eventos aquí parecen significativos y, a menudo, de grandes

y trágicas consecuencias. ¿De qué otra manera podría parecernos el mundo,

dado que el ego ha considerado que su fuente en la mente pecaminosa,

culpable y temerosa es significativa, de gran trascendencia y ciertamente trágica?

(VIII.8:5-7) Sin causa, sus efectos parecen ciertamente ser tristes y graves. Sin embargo, no son más que consecuencias. Su causa, en cambio, es lo que no es consecuencia de nada, al no ser más que una farsa.

No se trata de mirar el mundo a través de los ojos del ego y reír, lo que sería

extraño, si no odioso. La risa suave y la sonrisa solo llegan cuando nos hemos elevado al nivel de la mente y miramos hacia abajo. Con Jesús a nuestro lado, nos damos cuenta de la locura de haber creído en la separación, sin mencionar en el mundo pecaminoso que surgió de ella, el

cual contiene eventos que parecen muy serios y tristes. Debería estar ya está

claro que para practicar este curso es esencial reconocer que la mente tomadora de decisiones es la causa de todo, y que necesita ser sanada de su

creencia en ilusiones.

(VIII.9:1) El Espíritu Santo, sonriendo dulcemente, percibe la causa y no presta atención a los efectos.

Por eso no debemos intentar traer el Espíritu Santo al mundo. No puede

venir a un lugar que nunca ha abandonado su fuente y no existe. Su sana

Presencia permanece en la mente, la causa del problema y el lugar de la

solución. Los efectos percibidos en el mundo no son más que los tontos intentos del ego de distraernos de la mente. Suavemente, nuestro Maestro

nos recuerda que las decisiones equivocadas solo piden corrección, no castigo.

(VIII.9:2-8) ¿De qué otra manera podría corregir tu error cuando has pasado por alto la causa enteramente? Él te exhorta a que lleves todo efecto temible ante Él para que juntos miréis su descabellada causa y os

riaís juntos por un rato. Tú juzgas los efectos, pero Él ha juzgado su causa. Y mediante Su juicio se eliminan los efectos. Tal vez vengas con los ojos arrasados en lágrimas, más óyele decir: “Hermano mío, santo

Hijo de Dios, contempla tu sueño fútil en el que sólo algo así podría ocurrir". Y saldrás del instante santo riendo, con tu risa y la de tu hermano unida a la de Él.

Este instante santo ocurre cuando estamos por encima del campo de batalla

con Jesús. Viendo al mundo como él lo ve, vemos a todas las personas, víctimas y victimarios por igual, pidiendo el amor que creen que negaron y

que no merecen; su culpa exige que nunca volverán a tener ese amor. Como

Jesús no comparte nuestra locura, puede invitarnos a compartir su visión,

nacida de la suave risa en la que nuestro tonto error ha sido curado. Le llevamos nuestros sufrimientos, lo que nos permite cambiar la percepción

de los efectos (eventos mundanos) a su causa en la mente que ahora se

puede juzgar correctamente. De esta manera regresamos al instante original,

al ser el tiempo no-lineal, cuando el Espíritu Santo miró la diminuta y alocada idea, sonriendo, mientras nos decía que no pasó nada: la Idea del

Hijo de Dios nunca abandonó Su Fuente.

(VIII.10) El secreto de la salvación no es sino éste: que eres tú el que se

está haciendo todo esto a sí mismo. No importa cuál sea la forma del ataque, eso sigue siendo verdad. No importa quién desempeñe el papel

de enemigo y quién el de agresor, eso sigue siendo verdad. No importa cuál parezca ser la causa de cualquier dolor o sufrimiento que sientas, eso sigue siendo verdad. Pues no reaccionarías en absoluto ante las figuras de un sueño si supieses que eres tú el que lo está soñando. No importa cuán odiosa y cuán depravadas sean, no podrían tener efectos sobre ti a no ser que no te dices cuenta de que se trata tan sólo de tu propio sueño.

Nada en el mundo tiene el poder para quitarnos la paz de Dios, solo nuestra

decisión en favor del conflicto. Una vez se acepta este hecho, el mundo no

tendrá ningún efecto sobre nosotros. Aquí no negamos los hechos, pero ya no justificamos el propósito que les habíamos impuesto. Esto fue para ver el mundo odioso y cruel como nuestro escape de la prisión de la culpa de la mente, responsabilizando a otros por los pecados que guardamos en secreto en nuestro interior. Nosotros finalmente entendemos que el problema nunca es lo que sucede dentro del sueño, sino que siempre es el elegirlo para permanecer dormidos, soñando con la separación, el pecado y la muerte.

(VIII.11:1-12:3) Basta con que aprendas esta lección para que te libres de todo sufrimiento, no importa la forma en que éste se manifieste. El Espíritu Santo repetirá esta lección inclusiva de liberación hasta que la aprendas, independientemente de la forma de sufrimiento que te esté ocasionando dolor. Esta simple verdad será Su respuesta, sea cual sea el

dolor que lleves ante Él. Pues esta respuesta elimina la causa de cualquier forma de pesar o dolor. La forma no afecta Su respuesta en absoluto, pues Él quiere mostrarte la única causa de todo sufrimiento, no importa cuál sea su forma. Y comprenderás que los milagros reflejan esta simple afirmación: “Yo mismo fabriqué esto, y es esto lo que quiero deshacer”.

Lleva, pues, toda forma de sufrimiento ante Aquel que sabe que cada una de ellas es como las demás. Él no ve diferencias donde no las hay, y

te enseñará cuál es la causa de todas ellas. Ninguna tiene una causa diferente de las demás, y todas se deshacen fácilmente con una sola lección que realmente se haya aprendido.

Todos los problemas son iguales, como todas las soluciones. Por eso no hay

grados de dificultad en los milagros, la única lección que Jesús quiere que

aprendamos. Al llevar todas las preocupaciones a su sonrisa curativa, se nos

enseña que son lo mismo: un problema (elegir el ego), una solución (elegir

el Espíritu Santo). ¿Qué podría ser más sencillo? Practicamos con cada

forma de sufrimiento y malestar, mirándola a través de la visión amorosa de Jesús y así llegaremos a aprender que todas las formas son iguales. A medida que esta semejanza se hace evidente en cada relación y situación, nos acercamos a la única generalización que las deshace a todas: los muchos efectos en la forma tienen una causa, el contenido de culpa de la mente.

(VIII.12:4-9) La salvación es un secreto que sólo tú has ocultado de ti mismo. Así lo proclama el universo. Pero haces caso omiso de sus testigos, porque de lo que ellos dan testimonio es algo que prefieres no saber. Parecen mantenerla oculta de ti. Sin embargo, no necesitas sino darte cuenta de que fuiste tú quien eligió no escuchar ni ver. Todo el dolor y el sufrimiento provienen de la negativa a aceptar la presencia de la salvación en la mente. El ego, temeroso de su desaparición

en la nada, nos impide elegir la mente correcta, el hogar del Espíritu Santo

y Su Expiación. La salvación sigue siendo un secreto, por nuestra propia decisión, y es nuestra responsabilidad el cambiar nuestras mentes y elegir

de nuevo. Este cambio se refleja en la decisión de perdonar, donde vemos el

mundo como testigo de nuestra necesidad e interés comunes, compartidos

con la Filiación que se había fragmentado en partes separadas.

(VIII.13:1-2) ¡Qué diferente te parecerá el mundo cuando reconozcas esto! Cuando le perdones al mundo tu culpabilidad, te liberarás de ella. Cuando perdonemos al mundo nuestra culpa proyectada, seremos liberados

de ella. Esto no significa que la gente no pueda representar a su ego, pero sí

significa darnos cuenta de que esto no tiene nada que ver con nosotros; el

mundo puede afectar al cuerpo, pero no a nuestras mentes tomadoras de

decisiones. La visión nos habrá limpiado de juicio, sin dejar nada que

interfiera con el amor que fluye a través de nuestra mente sanada para bendecir un mundo antes maldecido por la culpa. (VIII.13:3-5) Su inocencia no exige que tú seas culpable, ni tu inocencia se basa en sus pecados. Esto es obvio, y es un secreto que no le has ocultado a nadie salvo a ti mismo. Y esto es lo que te ha mantenido separado del mundo y lo que ha mantenido a tu hermano separado de ti. Así se deshace la estrategia del ego de la proyección. Ya no nos suscribimos al principio de uno u otro en el que mantenemos nuestra inocencia culpando a otros, o vemos la inocencia de otro como testimonio condenatorio de nuestro pecado. A través de nuestras mentes purificadas, vemos la salvación brillando a través de los endebles velos de la culpa, y las bóvedas secretas de odio del ego se desvanecen suavemente en la visión radiante de la inocencia del Hijo de Dios: uno en la Expiación, uno en espíritu. (VIII.13:6-9) Ahora sólo necesitas reconocer que los dos sois o inocentes o culpables. Lo que es imposible es que seáis diferentes el uno del otro; o que seáis ambas cosas. Éste es el único secreto que aún te queda por aprender. Mas no será un secreto que has sanado. Esta es la respuesta del Espíritu Santo al sueño secreto del ego, basada en la diferencia imaginada entre Dios y Su creación, proyectada como el sueño del mundo en el que percibimos diferencias dentro de la Filiación. Ahora reconocemos la verdad de juntos, o no en absoluto, y a través de la visión de Cristo vemos que los Hijos de Dios son realmente iguales, compartiendo una mente y un objetivo. Ahora somos curados juntos porque hemos aprendido el significado de la Expiación, lo único que la salvación tenía que enseñar. El recuerdo de Dios alborea silenciosamente en la conciencia

cuando la Idea y la Fuente se convierten en lo que siempre fueron: una Vida, un Amor, un solo Ser.

Conclusión.

Concluimos con los hermosos párrafos finales de "El soñador del sueño",
que resumen nuestra discusión en este capítulo: somos el soñador, no la

figura del sueño, y antes de que podamos despertar, primero tenemos que

elegir los dulces sueños de perdón del Espíritu Santo. Nuestra percepción

de los demás cambia alegremente de la pecaminosidad a la impecabilidad, y

detrás de cada persona estará el Dios que primero convertimos en el enemigo Que pecaría contra nosotros, tal como creíamos que habíamos

pecado contra Él. Al practicar el perdón, por lo tanto, nos perdonamos a

nosotros mismos, a nuestros hermanos y a nuestro Creador.

(VII.13) Tú eres el soñador del mundo de los sueños. Éste no tiene ninguna otra causa, ni la tendrá jamás. Todo lo que aterrizó al Hijo de Dios y le hizo pensar que había perdido su inocencia, repudiado a su Padre y entrando en guerra consigo mismo no es más que un sueño fútil. Mas ese sueño es tan temible y tan real en apariencia, que él no podría despertar a la realidad sin verse inundado por el frío sudor del terror y sin dar gritos de pánico, a menos que un sueño más dulce precediese su despertar y permitiese que su mente se calmara para poder acoger – no temer – la Voz que con amor lo llama a despertar; un sueño más dulce, en el que su sufrimiento cesa y en el que su hermano es su amigo. Dios dispuso que su despertar fuese dulce y jubiloso, y le proporcionó los medios para que pudiese despertar sin miedo.

El sueño secreto del pecado, la culpa y el miedo no es más que un sueño

fútil, ya que no ha cambiado nada, siendo en sí mismo nada.

Transformado

a través de la proyección en el sueño del mundo con un terror similar, el

sistema de pensamiento del ego continúa infundiendo el temor a Dios en

nuestras mentes abrumadas por la culpa. A pesar de que la separación es un sueño, nos hemos convencido de su realidad, equiparando el despertar con la certeza de que nuestro destino es el olvido si alguna vez abandonáramos el ego y sus rencorosos sueños de pecado. Por este miedo a la aniquilación por parte de la verdad, necesitamos la corrección de los sueños felices del Espíritu Santo, los cuales gentilmente corrigen la elección equivocada de la mente. Esto alivia el miedo lo suficiente como para que podamos continuar el viaje del despertar hasta alcanzar gozosamente nuestra meta.

(VII.14) Acepta el sueño que Él te dio en lugar del tuyo. No es difícil cambiar un sueño una vez que se ha identificado al soñador. Descansa en el Espíritu Santo, y permite que Sus dulces sueños reemplacen a los que soñaste aterrorizado, temiéndole a la muerte. El Espíritu Santo te brinda sueños de perdón, en los que la elección no es entre quien es el asesino y quien la víctima. Los sueños que Él te ofrece no son de asesinatos ni de muerte. El sueño de culpabilidad está desapareciendo de tu vista, aunque tus ojos están cerrados. Una sonrisa ha venido a iluminar tu rostro durmiente. Duermes apaciblemente ahora, pues éstos son sueños felices.

Los sueños de perdón del Espíritu Santo reflejan Su principio de corrección de juntos, o no en absoluto, al principio del ego de mata o te matarán, en el que la única cuestión es si seremos los asesinos o los asesinados, la cual es difícilmente una elección cuerda. La verdadera cordura reside en la mente tomadora de decisiones, a la cual debemos reconocer como el soñador del sueño. Volver a esta mente es la función del milagro, y elegir la razón en lugar de la locura es la decisión por la alegría en lugar del dolor, de la inocencia en lugar de la culpa. La pesadilla se desvanece mientras el amor

de Jesús roza suavemente nuestros ojos con su paz, y éstos se abren alegremente a la verdad que está más allá de todos los sueños. (VII.15-16) Sueña dulcemente con tu hermano inocente, quien se une a ti en santa inocencia. Y el Mismo Señor de los Cielos despertará a Su Hijo bienamado de este sueño. Sueña con la bondad de tu hermano en vez de concentrarte en sus errores. Elige soñar con todas las atenciones que ha tenido contigo, en vez de contar todo el dolor que te ha ocasionado. Perdónale sus ilusiones y dale gracias por toda la ayuda que te ha prestado. Y no desprecies los muchos regalos que te ha hecho sólo porque en tus sueños él no sea perfecto. Él representa a su Padre, a Quien ves ofreciéndote tanto vida como muerte. Hermano, lo único que Él da es vida. Sin embargo, los regalos que crees que tu hermano te ofrece representan los regalos que sueñas que tu Padre te hace a ti. Ve todos los regalos que tu hermano te hace a la luz de la caridad y bondad que se te ofrece. Y no dejes que ningún dolor perturbe tu sueño de profunda gratitud por los regalos que te hace. Jesús nos pide que miremos con bondad a nuestro hermano, no solo porque viene del miedo, si está siendo hiriente, sino porque es nuestro hermano; es decir, somos iguales. Además, la forma en que vemos al Hijo de Dios es cómo vemos a nuestra Fuente, ya que la proyección da lugar a la percepción. Miramos dentro y vemos amor u odio, inocencia o pecado, y lo que elegimos es lo que vemos en todos, incluido Dios. Nuestras percepciones de los demás revelan la decisión de la mente, y el regalo que Jesús continuamente nos ofrece es la oportunidad de volver a elegir. Conociendo el resultado seguro de la decisión de la mente – paz o dolor – ¿podríamos no tomar la decisión correcta? El propósito de Jesús en su curso es ayudarnos a lograr esa realización, y terminamos este movimiento de nuestra sinfonía con su declaración anterior:

¿A quién que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato? (T-23.IV.9:8)

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.